

El Camino Recto

Concepto Espiritista de la Ley Moral

POR

Léon Denis

Por los hechos que la patentizan, la moral evangélica adquiere en la Doctrina Espiritista el carácter de moral científica.

*Este librito es un fragmento de la obra **Después de la Muerte**, del mismo autor.*



<http://www.portalespirita.net>
info@portalespirita.net

ÍNDICE

42. La vida moral.....	1
43. El deber.....	2
44. Fe, esperanza y consuelos.....	4
45. El orgullo, riqueza y pobreza.....	6
46. El egoísmo.....	8
47. La caridad.....	11
48. Paciencia y Bondad.....	14
49. El amor.....	15
50. Resignación en la adversidad.....	16
51. La oración.....	21
52. Trabajo, sobriedad y continencia.....	24
53. El Estudio.....	25
54. La educación.....	27
55. Cuestiones sociales.....	28
56. La ley moral.....	30
Resumen.....	31
Conclusión.....	32

42. La vida moral

Todo ser humano lleva grabados en sí, en su conciencia, en su razón, los rudimentos de la ley moral. Esta ley recibe en este mismo mundo un comienzo de sanción. Una buena acción proporciona a su autor una satisfacción íntima, una especie de dilatación, de esparcimiento del alma. Nuestras faltas, por el contrario, producen con frecuencia amargura y pesares. Sin embargo, esta sanción, tan variable según los individuos, es demasiado vaga, demasiado insuficiente, desde el punto de vista de la justicia absoluta. Por eso es por lo que las religiones han colocado en la vida futura, en las penas y en las recompensas que nos reserva, la sanción capital de nuestros actos. Ahora bien, como quiera que a sus informaciones les falta base positiva, son puestas en duda por la mayoría. Después de haber ejercido una influencia importante en las sociedades de la Edad Media, no bastan ya para apartar al hombre del camino de la sensualidad.

Antes del drama del Gólgota, Jesús había anunciado a los hombres a otro consolador, el espíritu de Verdad, que debía restablecer y completar su enseñanza. Este espíritu de Verdad ha llegado y ha hablado a la Tierra; por todas partes hace oír su voz. Dieciocho siglos después de la muerte de Cristo, habiéndose esparcido por el mundo la libertad de palabra y de pensamiento, habiendo sondado los cielos la ciencia, habiéndose desarrollado la inteligencia humana, la hora ha sido considerada como favorable. Los espíritus han acudido en multitud para enseñar a, sus hermanos de la Tierra la ley del progreso infinito y realizar la promesa de Jesús restableciendo su doctrina y comentando sus palabras.

El Espiritismo nos da la clave del Evangelio. Explica su sentido oscuro u oculto; nos proporciona la moral superior, la moral definitiva, cuya grandeza y hermosura revelan su origen sobrehumano.

Con el fin de que la verdad se extienda a la vez por todos los pueblos, con el fin de que nadie pueda desnaturalizarla o destruirla, ya no es un hombre, ya no es un grupo de apóstoles el que está encargado de darla a conocer a la humanidad. Las voces de los espíritus la proclaman en los diversos puntos del mundo civilizado, y gracias a este carácter universal y permanente, esta revelación desafía a todas las hostilidades y a todas las inquisiciones. Se puede suprimir la enseñanza de un hombre, falsificar y aniquilar sus obras; pero ¿quién puede atacar y rebatir a los habitantes del espacio? Saben deshacer todas las malas interpretaciones y llevar la preciosa semilla hasta las regiones más retrasadas. A esto se debe el poder, la rapidez de difusión del Espiritismo y su superioridad sobre todas las doctrinas que le han precedido y preparado su advenimiento.

En lo que se basa la moral espiritista es, pues, en los testimonios de millares de almas que vienen a todos los lugares para describir, valiéndose de los médiums, la vida de ultratumba y sus propias sensaciones, sus goces y sus dolores.

La moral independiente, la que los materialistas han intentado edificar, vacila al soplo de todos los vientos, falta de sólida base. La moral de las iglesias tiene sobre todo recurso el miedo, el temor a los castigos infernales; sentimiento falso que nos rebaja y nos empequeñece. La filosofía de los espíritus viene a ofrecer a la humanidad una sanción moral más elevada, un ideal más noble y generoso. Ya no hay suplicios eternos, sino la justa consecuencia de los actos que recae sobre su autor.

El espíritu se encuentra en todos los lugares según él se ha hecho. Si viola la ley moral, entenebrece su conciencia y sus facultades; se materializa, se encadena con sus propias manos. Practicando la ley del bien, dominando las pasiones brutales, se agüera y se aproxima cada vez más a los mundos felices.

Desde este punto de vista, la vida moral se impone como una obligación rigurosa para todos aquellos a quienes preocupe algo de su destino; de aquí la necesidad de una higiene del alma que se aplique a todos nuestros actos, ahora que nuestras fuerzas espirituales se hallan en estado de equilibrio y armonía. Si conviene someter el cuerpo -envoltura mortal, instrumento perecedero- a las prescripciones de la ley física que asegura su mantenimiento y su funcionamiento, importa mucho más aún velar por el perfeccionamiento del alma, que es nuestro imperecedero yo, y a la cual está unida nuestra suerte en el porvenir. El Espiritismo nos ha proporcionado los elementos de esta higiene del alma.

El conocimiento del objeto real de la existencia tiene consecuencias incalculables para el mejoramiento y la elevación del hombre. Saber adónde va tiene por resultado el afirmar sus pasos, el imprimir a sus actos un impulso vigoroso hacia el ideal concebido.

Las doctrinas de la nada hacen de esta vida un callejón sin salida, y conducen, lógicamente, al sensualismo y al desorden. Las religiones, al hacer de la existencia una obra de salvación personal muy problemática, la consideran desde un punto de vista egoísta y estrecho.

Con la filosofía de los espíritus, este punto de vista cambia y se ensancha la perspectiva. Lo que debemos buscar no es ya la felicidad terrena sino un mejoramiento continuo, pues la felicidad, en la Tierra, es escasa y precaria; el medio de realizarlo es con la observación de la moral bajo todas sus formas.

Con semejante ideal, una sociedad es indestructible; desafía a todas las vicisitudes y a todos los acontecimientos. Se engrandece con la desgracia y encuentra en la adversidad los medios de elevarse por encima de sí misma. Desprovista de ideal, arrullada por los sofismas de los sensualistas, una sociedad no puede hacer más que corromperse y debilitarse; su fe en el progreso y en la justicia se extingue con su virilidad; bien pronto se convierte en un cuerpo sin alma y, fatalmente, en la presa de sus enemigos.

¡Dichoso el hombre que en esta vida llena de oscuridad y de obstáculos camina constantemente hacia el fin elevado que distingue, que conoce y del cual está seguro! ¡Feliz aquel al que un soplo de lo alto inspira sus obras y empuja hacia adelante! Los placeres le dejan indiferente; las tentaciones de la carne, los espejismos engañosos de la fortuna no hacen presa de él. Viajero en marcha, el fin le llama, y él se precipita por alcanzarlo.

43. El deber

El deber es el conjunto de prescripciones de la ley moral, la regla de conducta del hombre en sus relaciones con sus semejantes y con el Universo entero. Noble y santa figura, se cierne por encima de la humanidad, inspira los grandes sacrificios, las puras abnegaciones y los hermosos entusiasmos. Sonriente para unos, temible para otros, siempre inflexible se alza ante nosotros y nos muestra la escala del progreso cuyas gradas se pierden en las alturas inconmensurables.

El deber no es idéntico para todos. Varía, según nuestra condición y nuestro saber. Cuanto más nos elevamos, más grandeza, majestad y extensión adquiere a nuestros ojos. Y siempre su culto es dulce y bueno, y la sumisión a sus leyes es fértil en goces íntimos a los que nada puede igualar.

Por muy oscura que sea la condición del hombre, por muy humilde que sea su suerte, el deber domina y ennoblece su vida. A él debemos esa serenidad del espíritu, esa calma interior, más preciosa que todos los bienes de la Tierra, que podemos amar hasta en el seno de los sufrimientos, y que nuestro destino debe seguir su línea rigurosa; pero podemos siempre, aun en medio de las tempestades, asegurarnos la paz de la conciencia, la satisfacción que a nosotros mismos brinda el cumplimiento del deber.

El sentimiento del deber echa raíces profundas en todo espíritu elevado. Éste recorre su camino sin esfuerzo; por una tendencia natural, resultado de los progresos adquiridos, se aparta de las cosas viles y orienta

hacia el bien los impulsos de su ser. El deber se convierte entonces en una obligación de todos los instantes, en la condición misma de la existencia, en un poder al cual nos sentimos indisolublemente ligados, tanto en la vida como en la muerte.

El deber tiene formas múltiples. Existe el deber para con nosotros mismos, que consiste en respetarnos, en gobernarnos con cordura, en no querer, en no realizar sino lo que es digno, útil y bueno. Existe el deber profesional, el cual exige que cumplamos con conciencia las obligaciones de nuestro cargo. Existe el deber social, que nos invita a amar a los hombres, a trabajar por ellos, a servir fielmente a nuestro país y a la humanidad. Existe el deber para con Dios. El deber no tiene límites. Siempre puede mejorarse, y en la inmolación de sí mismo el ser encuentra el medio más seguro de engrandecerse y de purificarse.

La honradez es la esencia misma del hombre moral. En cuanto se aparta de ella, es desgraciado. El hombre honrado hace el bien por el bien, sin buscar aprobación ni recompensa. Ignorando el odio y la venganza, olvida las ofensas y perdona a sus enemigos. Es bienhechor para todos y caritativo para con los humildes. En todo hombre ve a un hermano, cualquiera sea su país y cualquiera sea su fe. Lleno de tolerancia, respeta las creencias sinceras, disculpa los defectos de los demás, hace resaltar sus virtudes y no murmura nunca. Usa con moderación de los bienes que la vida le concede, los consagra al mejoramiento social, y, en la pobreza, no envidia a nadie.

La honradez ante el mundo no es siempre la honradez según las leyes divinas. La opinión pública tiene su valor; hace más dulce la práctica del bien, pero no se la puede considerar como infalible. El hombre sensato no la desdeña, sin duda; pero cuando es injusta o insuficiente, prescinde de ella y ajusta su deber a una regla más segura. El mérito y la virtud quedan a veces desconocidos en la Tierra y los juicios de la muchedumbre son influidos con frecuencia por sus pasiones y por sus intereses materiales. Ante todo, el hombre honrado busca su propia estimación y la aprobación de su conciencia.

El que ha sabido comprender todo el alcance moral de la enseñanza de los espíritus tiene del deber una concepción más alta aún. Sabe que la responsabilidad es correlativa con el saber; que la posesión de los secretos de ultratumba le impone la obligación de trabajar con más energía por su mejoramiento y el de sus hermanos. Las voces de lo alto han hecho vibrar en él sus ecos y han despertado fuerzas que duermen en la mayor parte de los hombres, solicitándole poderosamente en su marcha ascensional. Un noble ideal le estimula y le atormenta a la vez, y hace de él la irrisión de los malos, pero él no lo cambiaría por todos los tesoros de un imperio. La práctica de la caridad se le ha hecho fácil. Le ha enseñado a desarrollar su sensibilidad y sus cualidades afectivas. Compasivo y bueno, sufre por todos los males de la humanidad; quiere compartir con sus compañeros de infortunio las esperanzas que a él le sostienen; quisiera enjugar todas las lágrimas, curar todas las llagas, suprimir todos los dolores...

La práctica constante del deber nos conduce al perfeccionamiento. Para acelerar éste, conviene primero estudiarse a sí mismo con atención y someter nuestros actos a un juicio escrupuloso. No se puede remediar el mal sin conocerlo.

Podemos, incluso, estudiarnos en los demás hombres. Si cualquier vicio, si cualquier enojoso defecto nos choca en ellos, indaguemos con cuidado si existe en nosotros un germen idéntico, y, si lo descubrimos, dediquémonos a arrancárnoslo.

Consideremos nuestra alma como lo que es realmente, es decir, una obra admirable, aunque muy imperfecta, y hemos de notar que estamos en el deber de embellecerla y adornarla sin cesar. Este pensamiento de nuestra imperfección nos hará más modestos y alejará de nosotros la presunción y la necia vanidad.

Sometámonos a una disciplina rigurosa. Como se dan al arbusto la forma y la dirección convenientes, podemos también modificar las tendencias de nuestro ser moral. La costumbre del bien hace cómoda su práctica. Sólo los primeros esfuerzos son penosos. Aprendamos, ante todo, a dominarnos. Las impresiones son fugitivas y cambiantes; la voluntad es el fondo sólido del alma. Aprendamos a gobernar esa voluntad, a hacernos dueños de nuestras impresiones, a no dejarnos nunca dominar por ellas.

El hombre no debe aislarse de sus semejantes. Le importa, sin embargo, escoger sus relaciones, sus amigos, decidirse a vivir en un ambiente honrado y puro donde no reinen más que las buenas influencias, donde sólo existan fluidos tranquilos y bienhechores.

Evitemos las conversaciones frívolas, las charlas ociosas que conducen a la maledicencia. Cualquiera que pueda ser el resultado, digamos siempre la verdad. Sumerjámonos con frecuencia en el estudio y el recogimiento. El alma encuentra así nuevas fuerzas y nuevas luces. Que podamos decirnos al final de cada día: "He hecho una obra útil, he logrado un éxito sobre mí mismo, he socorrido, he consolado a los desgraciados, he esclarecido a mis hermanos, he trabajado por hacerlos mejores, he cumplido con mi deber".

44. Fe, esperanza y consuelos

La fe es la confianza del hombre en sus destinos, el sentimiento que le lleva hacia el Poder infinito; es la certidumbre de haber entrado en el camino que conduce a la verdad. La fe ciega es como un farol cuyo rojo resplandor no puede traspasar la niebla; la fe esclarecida es un faro poderoso que ilumina con una viva claridad el camino que se ha de recorrer.

No se adquiere esta fe sin haber pasado por los tormentos de la duda, por todas las torturas que vienen a sitiar a los investigadores. Éstos no obtienen más que una abrumadora incertidumbre, y flotan durante mucho tiempo entre dos corrientes contrarias. ¡Dichoso el que cree, sabe, ve y camina de un modo seguro! Su fe es profunda, inquebrantable. Le hace capaz de salvar los mayores obstáculos. En este sentido, se ha podido decir, en forma figurada, que la fe levanta las montañas, representando las montañas, en este caso, las dificultades acumuladas en el camino de los innovadores, las pasiones, la ignorancia, los prejuicios y el interés material.

Sólo se ve comúnmente en la fe la creencia en ciertos dogmas religiosos aceptados sin examen. Pero la fe es también la convicción que anima al hombre y le orienta hacia otras finalidades. Existe la fe en uno mismo o en una obra material cualquiera, la fe política y la fe en la patria. Para el artista, el poeta y el pensador, la fe es el sentimiento del ideal, la visión de ese foco sublime, encendido por la mano divina en las cimas eternas para guiar a la humanidad hacia la Belleza y la Verdad.

La fe religiosa, la cual prescinde de la razón y se refiere al juicio de los demás, que acepta un cuerpo de doctrina verdadera o falsa y se somete a él sin comprobación, es la fe ciega. En su impaciencia, en sus excesos, recurre cómodamente a la opresión y conduce al fanatismo. Considerada bajo este aspecto, la fe es todavía un móvil poderoso. Ha enseñado a los hombres a humillarse y a sufrir. Pervertida por el espíritu de dominación, ha sido la causa de muchos crímenes; pero, en sus consecuencias funestas, nos pone aún de manifiesto la multitud de recursos que existen en ella.

Ahora bien, si la fe ciega puede producir tales efectos, ¿qué no hará la fe basada en la razón, la fe que juzga, discierne y comprende? Algunos teólogos nos invitan a despreciar la razón, a renegar de ella, a hollarla con los pies. Objetan todos los errores en los cuales ha caído, y parecen olvidar que es la razón misma la que nos ha ayudado a corregirlos. ¿Debemos, pues, renegar de ella, cuando es ella misma la que nos revela lo que es bueno y bello?

La razón es una facultad superior destinada a esclarecernos todas las cosas; se desarrolla y aumenta con el ejercicio, como todas nuestras facultades. La razón humana es un reflejo de la Razón eterna. "Es Dios en nosotros", ha dicho San Pablo. Desconocer su valor y su utilidad es desconocer la naturaleza humana y ultrajar a la Divinidad misma. Querer reemplazar la razón por la fe es ignorar que ambas son solidarias. Se afirman y se vivifican la una a la otra. Su unión abre al pensamiento un campo más vasto; armoniza nuestras facultades y nos proporciona la paz interior.

La fe es madre de los nobles sentimientos y de las grandes acciones. El hombre profundamente convencido permanece inquebrantable ante el peligro, como en medio de los sufrimientos. Por encima de las seducciones, de las adulaciones y de las amenazas; más alta que la voz de la pasión, oye una voz que resuena en las profundidades de su conciencia, y cuyos acentos le reaniman en la lucha y le advierten en las horas peligrosas.

Para producir tales resultados, la fe ha de reposar sobre el fondo sólido que le ofrecen el libre examen y la libertad de pensamiento. En lugar de dogmas y misterios, sólo debe reconocer los principios que se deduzcan de la observación directa y del estudio de las leyes naturales. Tal es el carácter de la fe espiritista.

La filosofía de los espíritus nos ofrece una creencia que no por ser racional deja de ser robusta. El conocimiento del Mundo Invisible, la confianza en una ley superior de justicia y progreso imprime a la fe un doble carácter de calma y de seguridad.

¿Qué puede temerse, en efecto, cuando se sabe que ninguna alma puede perecer, que después de las tempestades y de los desgarramientos de la vida, más allá de la sombría noche donde todo parece abismarse, se ve apuntar el resplandor encantado de los días que no han de terminar nunca?

Cuando avanza la vejez helada, poniéndonos su estigma sobre la frente, apagando nuestros ojos, arrugando nuestros miembros, encorvándonos bajo su peso, entonces vienen con ella la tristeza, el disgusto de todo y una gran sensación de fatiga, una necesidad de reposo como una sed de la nada. ¡Oh! En esa hora de turbación, en ese crepúsculo de la vida, ¡cómo regocija y reconforta la lucecita que brilla en el alma del creyente, la fe en el porvenir infinito, la fe en la justicia, en la Suprema Bondad!

Penetrados de la idea de que esta vida no es más que un instante en el conjunto de nuestra existencia inmortal, recibamos con paciencia los males inevitables que enfrentamos. Las perspectivas de las épocas que nos esperan nos darán fuerza para dominar las miserias presentes y para colocarnos por encima de las fluctuaciones de la fortuna. Nos sentiremos más libres y mejor armados para la lucha. Al conocer la causa de sus males, el espiritista comprende la necesidad de ellos. Sabe que el sufrimiento es legítimo, y lo acepta sin protestar. Para él, la muerte no supone la nada; los lazos de afecto persisten en la vida de ultratumba, y todos los que son amados en la Tierra vuelven a encontrarse, emancipados de las miserias terrenales, lejos de esta dura mansión; sólo hay separación para los malos. De estas convicciones deducen consuelos desconocidos los indiferentes y los escépticos. Si de un extremo al otro del globo todas las almas comulgasen en esta fe poderosa, asistiríamos a la transformación moral más grande que hubiera de registrar la historia.

Sin embargo, muy pocos hombres poseen esta fe aún. El espíritu de Verdad ha hablado a la Tierra, pero ésta no ha prestado oído atento a sus acentos. No son los poderosos los que han escuchado, sino más bien los humildes, los pequeños, los desheredados, todos los que tienen sed de esperanza. La Revolución Espiritista encontró en un principio una viva oposición en los ambientes religiosos y científicos. Este estado de cosas tiende a atenuarse. Muy pocos hombres tienen el valor de desdecirse y confesar que se han equivocado; la mayoría prefiere combatir durante toda la vida una verdad que puede comprometer sus intereses o echar por tierra sus afirmaciones. Otros, en secreto, reconocen la bondad y la grandeza de esta doctrina, pero sus exigencias morales les espantan. Aferrados a sus placeres, deseando vivir a su gusto y sin cuidarse del más allá, alejan de su pensamiento todo lo que les lleve a romper con las costumbres perniciosas que les son queridas. Estas teorías constituirán para ellos, por consiguiente, un venero de amargos pesares.

Nuestra sociedad febril se cuida muy poco de una enseñanza moral. Demasiadas opiniones contradictorias tropiezan y se entrechocan; en medio de este estado confuso, empujado por el torbellino de la vida material, el hombre reflexiona poco.

Pero todo espíritu sincero que busque la fe y la verdad las encontrará en la Revelación Nueva. Una influencia de lo Alto se esparcirá sobre él y le guiará hacia esta luz naciente que algún día iluminará a la humanidad entera.

45. El orgullo, riqueza y pobreza

De todos los vicios, el más temible es el orgullo, pues siembra tras de sí los gérmenes de casi todos los demás vicios. En cuanto ha penetrado en un alma como en una plaza conquistada, se adueña de ella, se acomoda a su gusto y se fortifica en ella hasta el punto de hacerse inexpugnable. Es la hidra monstruosa siempre preñada y cuyos vástagos son monstruos como ella.

¡Desgraciado el hombre que se dejó sorprender! No podrá liberarse sino a costa de terribles luchas, a consecuencia de sufrimientos dolorosos, de existencias oscuras, de todo un porvenir de envilecimiento y de humillación, pues este es el único remedio eficaz para los males que engendra el orgullo.

Este vicio constituye el azote más grande de la humanidad. De él proceden todos los desgarramientos de la vida social, las rivalidades de clases y de pueblos, las intrigas, el odio y la guerra. Inspirador de locas ambiciones, ha cubierto la Tierra de sangre y de ruinas, y es también él quien causa nuestros sufrimientos de ultratumba, pues sus efectos se extienden hasta más allá de la muerte, hasta nuestros destinos lejanos. No solamente nos desvía el orgullo del amor de nuestros semejantes, sino que hace imposible todo mejoramiento, abusando de nuestro valor y cegándonos con nuestros defectos. Sólo un examen riguroso de nuestros actos y de nuestros pensamientos nos permitirá reformarnos. Pero ¿cómo el orgullo se sometería a este examen? De todos los hombres, el orgulloso es el que menos puede conocerse. Infatuado de su persona, nada puede desengañarle, pues aparta con cuidado todo lo que puede esclarecerle; odia la contradicción, y sólo se complace en la sociedad de los halagadores.

Como el gusano roedor en un buen fruto, el orgullo corrompe las obras más meritorias. A veces, incluso las torna perjudiciales para quienes la realizan. El bien, realizado con ostentación, con un secreto deseo de ser aplaudido y glorificado, se vuelve contra su autor. En la vida espiritual, las intenciones, los móviles ocultos que nos inspiran reaparecen como testigos, abruman al orgulloso y reducen a la nada sus méritos ilusorios. El orgullo nos oculta toda la verdad. Para estudiar con fruto el Universo y sus leyes, se necesita, ante todo, la sencillez, la sinceridad, la rectitud del corazón y de la inteligencia, virtudes desconocidas para el orgulloso. La idea de que tantos seres y tantas cosas nos dominan le es insostenible y la rechaza. Sus juicios tienen para él los límites de lo posible; se resuelve difícilmente a admitir que su saber y su comprensión sean limitados.

El hombre sencillo, humilde de corazón, rico en cualidades morales, llegará más pronto a la verdad, a pesar de la inferioridad posible de sus facultades, que el presuntuoso, vano de ciencia terrestre, sublevado contra la ley que le rebaja y destruye su prestigio.

La enseñanza de los espíritus nos pone de manifiesto, bajo su verdadera luz, la situación de los orgullosos en la vida de ultratumba. Los humildes y los débiles de este mundo se encuentran allí más elevados; los vanidosos y los poderosos, empequeñecidos y humillados. Los unos llevan consigo lo que constituye la verdadera superioridad: las virtudes, las cualidades adquiridas con el sufrimiento; en tanto que los otros han de abandonar a la hora de la muerte títulos, fortuna y vano saber. Todo lo que constituye su gloria y su felicidad se desvanece como humo. Llegan al espacio pobres, despojados, y esa súbita desnudez, contrastando con su pasado esplendor aviva sus preocupaciones y sus grandes pesares. Con una profunda amargura, ven por encima de ellos, en la luz, a aquellos a quienes desdeñaron y despreciaron en la Tierra. Lo mismo les ocurre en las encarnaciones siguientes. El orgullo, la ávida ambición no puede atenuarse y extinguirse sino mediante vidas atormentadas, vidas de trabajo y de renunciación, en el transcurso de las cuales el alma orgullosa bucea en sí misma, reconoce su debilidad y se abre a mejores sentimientos.

Un poco de sensatez y de reflexión nos preservará de estos males. ¿Cómo podremos dejarnos invadir y dominar por el orgullo, cuando nos basta contemplarnos para ver lo poco que somos? ¿Son, acaso, nuestro cuerpo y nuestros placeres físicos los que nos inspiran la vanidad? La belleza es pasajera: una sola enfermedad

puede destruirla. Todos los días, el tiempo realiza su obra; algunos pasos más en la vida, y todas las ventajas quedarán mustias, marchitas; nuestro cuerpo no será más que una cosa repugnante. ¿Acaso se tratará de nuestra superioridad sobre la Naturaleza? Que el más poderoso, el mejor dotado de nosotros sea transportado a un desierto, y ello deberá bastarle; que haga frente a los elementos desencadenados; que, aislado, se exponga a las cóleras del océano. En medio de los furores del viento, de las olas o del fuego subterráneo, ¡cómo se revelará su debilidad!

En las horas de peligro, todas las distinciones sociales, los títulos y las ventajas de la fortuna se miden en su justo valor. Todos somos iguales ante el peligro, el sufrimiento y la muerte. Todos los hombres, desde el más alto al más miserable, están hechos con la misma arcilla. Revestidos de harapos o de suntuosos trajes, sus cuerpos son animados por espíritus del mismo origen, y todos volverán a encontrarse confundidos en la vida futura. Sólo su valor moral les distinguirá. El más grande en la Tierra puede convertirse en uno de los últimos en el espacio, y el mendigo puede vestir un traje resplandeciente. No tengamos la vanidad de los favores y de las ventajas pasajeras. Nadie sabe lo que le reserva el mañana.

Si Jesús prometió a los humildes y a los pequeños la entrada en el reino celestial, es porque la riqueza y el poder engendran con demasiada frecuencia el orgullo, en tanto que una vida laboriosa y oscura es el elemento más seguro del progreso moral. En la realización de su tarea diaria, las tentaciones, los deseos y los apetitos malsanos asedian menos al trabajador; puede entregarse a la meditación y desarrollar su conciencia; el hombre de mundo, por el contrario, es absorbido por las ocupaciones frívolas, por la especulación o por el placer.

La riqueza nos liga a la Tierra con lazos tan numerosos y tan íntimos, que rara vez consigue la muerte romperlos y librarnos de ellos. De aquí las angustias del rico en la vida futura. Sin embargo, fácil es de comprender que nada es nuestro en este globo. Los bienes a los cuales nos consagramos a toda costa no nos pertenecen más que en apariencia. Otros cien, otros mil, antes que nosotros creyeron poseerlos; otros mil, después de nosotros, se arrullarán con las mismas ilusiones, y todos los abandonan, tarde o temprano. Nuestro cuerpo mismo es un préstamo de la Naturaleza, y ella sabe muy bien recobrarlo cuando le conviene. Nuestras únicas adquisiciones duraderas son de orden intelectual y moral.

Del amor a los bienes materiales nace la envidia. El que lleva en sí este vicio puede despedirse de todo reposo y de toda paz. Su vida se convierte en un perpetuo tormento. Los éxitos, la opulencia del prójimo despiertan en él ardientes codicias y una fiebre de posesión que le consumen. El envidioso no piensa más que en eclipsar a los demás, en adquirir riquezas de las cuales no sabe siquiera gozar. ¿Existe una vida más lamentable? Perseguir sin cesar una felicidad quimérica, poner toda el alma en las vanidades cuya pérdida nos desespera, ¿no es hacer un suplicio de todos los instantes?

La riqueza no es, sin embargo, un mal por sí misma. Es buena o mala, según el empleo que se hace de ella. Lo importante es que no inspire orgullo ni dureza de corazón. Es preciso que seamos dueños de nuestra fortuna y no sus esclavos; es preciso que nos mostremos superiores a ella, desinteresados y generosos. En estas condiciones, la prueba peligrosa de la riqueza se hace más fácil de soportar. No ablanda los caracteres, no despierta esa sensualidad casi inseparable del bienestar.

La prosperidad es peligrosa por las tentaciones que da, por la fascinación que ejerce sobre los espíritus. Puede, sin embargo, ser la fuente de un gran bien cuando se dispone de ella con sensatez y mesura. Con la riqueza se puede contribuir al progreso intelectual de los hombres, al mejoramiento de las sociedades, creando instituciones benéficas o escuelas, haciendo participar a los desheredados de los descubrimientos de la ciencia y de las revelaciones de la belleza. Pero, sobre todo, la riqueza debe verterse sobre aquellos que luchan contra la necesidad, en forma de trabajo y de socorro.

Por el contrario, consagrar los recursos a la satisfacción exclusiva de la vanidad y de los sentidos es perder la existencia y crearse penosas dificultades. El rico deberá dar cuenta del depósito que se ha hecho en sus manos para bien de todos. Cuando la ley inexorable, cuando el grito de su conciencia se eleven contra él en

ese mundo futuro en el que el oro no tiene ya influencia, ¿qué responderá ante la acusación de haber empleado en su único provecho lo que debía apaciguar el hambre y los sufrimientos de los demás?

Cuando el espíritu no se considera suficientemente armado contra las seducciones de la riqueza, debe apartarse de esa prueba peligrosa y buscar con preferencia una vida sencilla, lejos de los vértigos de la fortuna y de la grandeza. Si la suerte le destina, a pesar de todo, a ocupar un puesto elevado en este mundo, que no se regocije por ello, pues su responsabilidad y sus deberes serán mucho más extensos. Colocado en las categorías inferiores de la sociedad, que no se avergüence nunca de ello. El papel de los humildes es el más meritorio; son los que soportan todo el peso de la civilización; de su trabajo es de lo que se alimenta y vive la humanidad. El pobre debe ser sagrado para todos, pues pobre fue como Jesús quiso nacer y morir; la pobreza fue lo que escogieron Epicteto, Francisco de Asís, Miguel Ángel, Vicente de Paúl y tantos otros nobles espíritus que vivieron en este mundo. Sabían que el trabajo, las privaciones y el sufrimiento desarrollan las fuerzas viriles del alma, en tanto que la prosperidad las aminora. En el desprendimiento de las cosas humanas, unos encontraron la santificación y otros el poder que proporciona el genio.

La pobreza nos enseña a compadecemos de los males de los demás, haciéndonos conocerlos mejor, nos une a todos los que sufren; da valor a mil cosas para las cuales son indiferentes los dichosos. Los que no han conocido sus lecciones ignoran siempre uno de los aspectos más conmovedores de la vida.

No envidiemos a los ricos, cuyo esplendor aparente oculta tantas miserias morales. No olvidemos que bajo el cilicio de la pobreza se esconden las virtudes más sublimes, la abnegación y el espíritu de sacrificio. No olvidemos tampoco que con las labores y la sangre, con la inmolación continua de los humildes, viven las sociedades, se defienden y se renuevan.

46. El egoísmo

El egoísmo es hermano del orgullo, y procede de las mismas causas. Es una de las más terribles manifestaciones del alma y el mayor obstáculo para los mejoramientos sociales. Sólo él neutraliza y hace estériles casi todos los esfuerzos del hombre orientados hacia el bien. Así pues, combatirlo debe constituir la preocupación constante de todos los amigos del progreso y de todos los servidores de la justicia.

El egoísmo es la persistencia de ese individualismo feroz que caracteriza al animal, como un vestigio del estado de inferioridad que hemos tenido que sufrir. El hombre es, ante todo, un ser sociable; está destinado a vivir con sus semejantes, y no puede hacer nada sin ellos. Abandonado a sí mismo, sería impotente para satisfacer sus necesidades y desarrollar sus cualidades.

Después de Dios, es a la sociedad a quien debe el hombre todos los beneficios de la existencia, todas las ventajas de la civilización. Goza de ello, pero precisamente este goce, esta participación de los frutos de la obra común le imponen el deber de cooperar en la obra misma. Una estrecha solidaridad le une a la sociedad; se debe a ella, como ella se debe a él. Permanecer inactivo, improductivo, inútil, en medio del trabajo de todos, sería un ultraje a la moral, casi un robo; sería aprovechar las labores de los demás, aceptar un préstamo que nos negásemos a restituir.

Formamos parte integrante de la sociedad, y todo lo que le atañe nos atañe. Con esta comprensión del vínculo social y de la ley de solidaridad es con lo que se mide la dosis de egoísmo que existe en nosotros. El que sabe vivir de sus semejantes y para sus semejantes, nada tiene que temer de este gran mal. Posee un criterio infalible para juzgar su conducta. No hace nada sin indagar si lo que proyecta es bueno o malo para aquellos que le rodean, sin preguntarse si sus actos son nocivos o beneficiosos para la sociedad de la que es miembro. Si sólo parecen ventajosos para él y perjudiciales para los demás, sabe que, en realidad, son malos para todos, y se abstiene en absoluto de ponerlos en práctica.

La avaricia es una de las formas más repugnantes del egoísmo. Pone de manifiesto la bajeza del alma que, acaparando riquezas utilizables para el bien común, no sabe siquiera aprovecharse de ellas. El avaro, en su amor al oro, en su ansia de adquirirlo, empobrece a sus semejantes y permanece él mismo indigente, pues sigue siendo pobreza esa prosperidad aparente que acumula sin provecho para nadie: una pobreza relativa, pero tan lamentable como la de los desdichados, y justo objeto de la reprobación de todos.

Ningún sentimiento elevado, nada de lo que constituye la nobleza del ser puede germinar en el alma de un avaro. La envidia, la insaciabilidad que le atormentan lo condenan a una penosa existencia, a un porvenir más miserable aún. Nada iguala a su desesperación, cuando, más allá de la tumba, ve sus tesoros repartidos o dispersados.

Los que busquéis la paz del corazón, huid de ese vicio bajo y miserable. Pero no caigáis en el exceso contrario. No derrochéis nada. Sabed usar de vuestros recursos con sensatez y moderación.

El egoísmo lleva en sí su propio castigo. El egoísta no ve más que su persona en el mundo; todo lo que le es extraño, le es indiferente. Así pues, las horas de su vida están sembradas de tedio. Encuentra en todas partes el vacío, tanto en la existencia terrenal como después de la muerte, porque, hombres o espíritus, todos le rehuyen.

Por el contrario, el que coopera en la medida de sus fuerzas en la obra social; el que vive en comunión con sus semejantes haciéndoles aprovecharse de sus facultades y de sus bienes, como él se aprovecha de los de sus semejantes, esparciendo hacia afuera lo que hay de bueno en él, ése se siente más feliz. Tiene la conciencia de obedecer a la ley, de ser un miembro útil de la sociedad. Todo lo que se realiza en el mundo le interesa; todo lo que es grande y hermoso le conmueve y le emociona; su alma vibra al unísono con todas las almas esclarecidas y generosas, y el tedio y el desencanto no hacen presa de él.

Nuestro papel no es, pues, el de abstenernos, sino el de combatir sin descanso por el bien y por la verdad. No es sentado o acostado como hay que contemplar el espectáculo de la vida humana, sino de pie, como un zapador, como un soldado dispuesto a participar de todas las grandes tareas, a facilitar los caminos nuevos, a fecundar el patrimonio común de la humanidad.

Aunque el egoísmo se encuentra en todas las categorías de la sociedad, este vicio es más bien propio del rico que del pobre. Con demasiada frecuencia, la prosperidad seca el corazón, en tanto que el infortunio, haciéndonos conocer el peso del dolor, nos enseña a compartir el de los demás. El rico, ¿sabe siquiera a costa de cuántos trabajos y de qué duras labores se crean las mil cosas de que se compone su lujo?

No nos sentemos jamás ante una mesa bien servida sin pensar en los que padecen hambre. Esta idea nos hará sobrios y mesurados en nuestros apetitos y en nuestros gustos.

Pensemos en los millones de hombres encorvados bajo los ardores del estío o ante las duras intemperies, y que, mediante un escaso salario, extraen del suelo los productos que abastecen nuestros festines o adornan nuestras moradas. Acordémonos de que, para alumbrar nuestros aposentos con una luz resplandeciente y para hacer brotar en los hogares la llama bienhechora, unos hombres, semejantes a nosotros, capaces, como nosotros, de amar y de sentir, trabajan debajo de la tierra, lejos del cielo azul y del alegre sol, y con el pico en la mano, perforan durante toda su vida las entrañas del globo. Sepamos que para adornar nuestros salones de espejos y de cristales resplandecientes, para producir la multitud de objetos de que se compone nuestro bienestar, otros hombres, por millares, semejantes a condenados junto al horno, se pasan la existencia entre el calor devorador de los altos hornos y de las fundiciones, privados de aire, gastados, destrozados antes de tiempo, no teniendo como perspectiva más que una vejez sufrida y de privaciones. Sepámoslo: toda esta comodidad de que gozamos con indiferencia es mantenida a costa del suplicio de los humildes y del padecimiento de los débiles. Que este pensamiento nos penetre y nos obsesione; como una espada de fuego, desterrará el egoísmo de nuestros corazones y nos obligará a consagrar al mejoramiento de la suerte de los débiles nuestros bienes, nuestro tiempo y nuestras facultades.

Porque no habrá paz entre los hombres, no habrá seguridad ni felicidad social, sino cuando el egoísmo quede vencido, cuando los privilegios y las enojosas desigualdades desaparezcan, y cada uno participe, en la medida de su trabajo y de sus méritos, del bienestar de todos. No puede haber paz y armonía sin justicia. Mientras el egoísmo de unos se nutra con las lágrimas y los sufrimientos de los demás; mientras las exigencias del yo ahoguen la voz del deber, el odio se perpetuará en la Tierra, las luchas del interés dividirán a los espíritus y las tempestades se albergarán en el seno de las sociedades.

Pero, gracias al conocimiento de nuestro porvenir, la idea de solidaridad acabará por prevalecer. La ley del retorno a la carne, la necesidad de nacer en condiciones modestas constituirá un estímulo que reprimirá el egoísmo. Ante estas perspectivas, el sentimiento desmedido de la personalidad se atenuará para darnos una noción más exacta de nuestro puesto y de nuestro papel en el Universo. Sabiendo que estamos unidos a todas las almas, que somos solidarios de su adelanto y de su felicidad, nos interesaremos más por su situación, por su progreso y por sus trabajos. A medida que este sentimiento se extienda por el mundo, las instituciones y las relaciones sociales mejorarán; la fraternidad, esa palabra trivial repetida por tantas bocas, descenderá a los corazones y se convertirá en una realidad. Nos sentiremos vivir en los demás, gozaremos con sus goces y sufriremos con sus males. No habrá entonces una sola queja que quede sin eco, ni un solo dolor que quede sin consuelo. La gran familia humana, fuerte, apacible y unida, avanzará con paso más rápido hacia sus magníficos destinos.

47. La caridad

En contraposición a las religiones exclusivistas que han tomado por precepto "fuera de la Iglesia no hay salvación", como si su punto de vista, puramente humano, pudiese decidir la suerte de los seres en la vida futura, Allan Kardec coloca estas palabras a la cabeza de sus obras: "Fuera de la caridad, no hay salvación". Los espíritus nos enseñan, en efecto, que la caridad es la virtud por excelencia; sólo ella da la llave de los cielos elevados.

"Hay que amar a los hombres", repiten, de acuerdo con Cristo, que resumió en estas palabras todos los mandamientos de la ley moral.

Pero los hombres no son amables -se objetará-. Demasiada maldad se alberga en ellos, y la caridad es muy difícil de ser practicada.

Si los juzgamos así, no es sino porque nos complacemos en considerar únicamente los malos aspectos de sus caracteres, sus defectos, sus pasiones y sus debilidades, olvidando con demasiada frecuencia que nosotros mismos no estamos exentos de ellos, y que si ellos tienen necesidad de caridad nosotros no tenemos menos necesidad de indulgencia.

Sin embargo, no sólo el mal reina en este mundo. También hay bien en el hombre, hidalguía y virtudes. Hay, sobre todo, sufrimientos. Si queremos ser caritativos y debemos serlo, tanto por nuestro propio interés como por el del orden social, no nos obstinemos, en nuestros juicios acerca de nuestros semejantes, en lo que puede llevarnos a la maledicencia y a la denigración, y veamos en el hombre, sobre todo, a un compañero de sufrimientos, a un hermano de armas en la lucha de la vida. Consideremos los males que padece en todas las categorías de la sociedad. ¿Quién es el que no oculta una llaga en el fondo de su alma? ¿Quién no soporta el peso de las tristezas y de las amarguras? Si nos colocamos en este punto de vista para considerar al prójimo, nuestra benevolencia se cambiará al punto en simpatía.

Se oye con frecuencia renegar contra la grosería y contra las pasiones brutales de las clases obreras, contra las codicias y las reivindicaciones de ciertos hombres del pueblo. ¿Se reflexiona lo suficiente en los malos ejemplos que les rodean desde la infancia? Las necesidades de la vida, las necesidades imperiosas de todos los días les imponen una tarea ruda y absorbente. No tienen tiempo, no tienen ocasión de ocuparse de

sus inteligencias. Las dulzuras del estudio y los goces del arte les son desconocidos. ¿Qué saben ellos de las leyes morales, de su destino, de los resortes del Universo? Pocos rayos consoladores se deslizan por estas tinieblas. Para ellos, la lucha feroz contra la necesidad es de todos los instantes. La falta de trabajo, la enfermedad y la negra miseria les amenazan y les hostigan sin cesar. ¿Qué carácter no se agriaría en medio de tantos males? Para soportarlos con resignación, se necesita un verdadero estoicismo, una fuerza del alma que es tanto más admirable cuanto que es más bien instintiva que razonada.

En lugar de arrojar piedras sobre estos desgraciados, apresurémonos a aliviar sus males, a enjugar sus lágrimas, a trabajar con todas nuestras fuerzas porque se produzca en la Tierra un reparto más equitativo de los bienes materiales y de los tesoros del pensamiento. No se sabe bien lo que pueden sobre esas almas ulceradas una buena palabra, una demostración de interés, un cordial apretón de manos. Los vicios del pobre nos indignan, y, sin embargo, ¡cuánta disculpa hay en el fondo de su miseria! No pretendamos ignorar sus virtudes, que son mucho más asombrosas, puesto que florecen en el lodazal.

¡Cuántas abnegaciones oscuras hay entre los humildes! ¡Cuántas luchas heroicas y tenaces contra la adversidad! Pensemos en las innumerables familias que vegetan sin apoyo y sin auxilio; en tantos niños privados de lo necesario, en todos esos seres que tiemblan de frío en el fondo de reductos sombríos y húmedos o en las buhardillas desoladas. ¡Qué papel el de la mujer del pueblo, el de la madre de familia en tales ambientes, cuando el invierno cae sobre la Tierra, el hogar está sin fuego, la mesa sin alimentos y en el lecho helado unos harapos sustituyen a la manta, vendida o empeñada para comprar pan! Su sacrificio, ¿no es de todos los instantes? ¡Cómo su pobre corazón se destroza en presencia de los dolores de los suyos! El ocioso opulento, ¿no debería avergonzarse de hacer ostentación de su riqueza entre tanto sufrimiento? ¡Qué responsabilidad aplastante para él, si en el seno de su abundancia olvida a los que abrumba la necesidad!

Sin duda, mucho fango y muchas cosas repugnantes se encuentran en las escenas de la vida de los débiles. Quejas y blasfemias, embriaguez y proxenetismo, hijos sin corazón y padres sin entrañas: todas las fealdades se confunden en ellas; pero bajo este exterior repulsivo existe siempre el alma humana que sufre, el alma hermana nuestra, digna siempre de interés y de afecto.

Sustraería al lodo de la cloaca, esclarecerla, hacerla subir, grada a grada por la escala de la rehabilitación, ¡qué gran tarea! Todo se purifica con el fuego de la caridad. Es el fuego que abrasaba a los Cristo, a los Vicente de Paúl y a todos aquellos que, en su inmenso amor hacia los débiles y los abatidos, encontraron el principio de su abnegación sublime.

Lo mismo les ocurre a los que tienen la facultad de amar y de sufrir intensamente. El dolor es para ellos como una iniciación en el arte de consolar y de tranquilizar a los demás. Saben elevarse por encima de sus propios males para no ver más que los males de sus semejantes y buscar remedio a ellos. De aquí los grandes ejemplos dados por esas almas elegidas que, en el fondo de su desgarramiento y de su agonía dolorosa, encuentran aún el secreto de curar las heridas de los vencidos por la vida.

La caridad tiene otras formas diferentes de la solicitud para los desgraciados. La caridad material o bienhechora puede aplicarse a un cierto número de semejantes bajo la forma del socorro, del sostén o de los estímulos. La caridad moral debe extenderse a todos los que participan de nuestra vida en este mundo. No consiste en limosnas, sino en una benevolencia que debe envolver a todos los hombres, desde el más virtuoso al más criminal y regir nuestras relaciones con ellos. Esta caridad podemos practicarla todos, por muy modesta que sea nuestra condición.

La verdadera caridad es paciente e indulgente. No humilla ni desdeña a nadie; es tolerante, y si trata de disuadir es con dulzura, sin violentar las ideas adquiridas.

Sin embargo, esta virtud es escasa. Un cierto fondo de egoísmo nos lleva más bien a observar, a criticar los defectos del prójimo, en tanto que permanecemos ciegos para nosotros mismos. Cuando en nosotros existen tantos errores, ejercitamos de buen grado nuestra sagacidad en hacer resaltar los de nuestros semejantes. Así pues, la verdadera superioridad moral no existe sin la caridad y sin la modestia. No tenemos

derecho a condenar en otros las faltas que estamos expuestos a cometer, y aun cuando nuestra elevación moral nos hubiese emancipado de ellas para siempre, no debemos olvidar que hubo un tiempo en que nos debatíamos entre la pasión y el vicio.

Existen pocos hombres que no tengan malas costumbres que corregir y enojosas inclinaciones que reformar. Acordémonos de que seremos juzgados con la misma medida que nos haya servido para juzgar a nuestros semejantes. Las opiniones que nos formamos acerca de ellos son casi siempre un reflejo de nuestra propia naturaleza. Estemos más dispuestos a disculpar que a condenar.

Nada hay más funesto para el porvenir del alma que las malas conversaciones, que esa maledicencia incesante que alimenta la mayor parte de las reuniones. El eco de nuestras palabras resuena en la vida futura; el humo de nuestros pensamientos malévolos forma como una espesa nube en la que el espíritu queda envuelto y oscurecido. Guardémonos de esas críticas, de esas apreciaciones malignas, de esas palabras burlonas que envenenan el porvenir. Huyamos de la maledicencia como de una peste; retengamos en nuestros labios toda frase amarga dispuesta a escaparse de ellos. En esto estriba nuestra felicidad.

El hombre caritativo hace el bien en la sombra; disimula sus buenas acciones, en tanto que el vanidoso proclama lo poco que hace. "Que la mano izquierda ignore lo que da la mano derecha" dijo Jesús. "El que hace el bien con ostentación ya ha recibido su recompensa".

Dar a escondidas, ser indiferente a las alabanzas de los hombres es mostrar una verdadera elevación de carácter, es colocarse por encima de los juicios de un mundo pasajero y buscar la justificación de los actos en la vida que nunca acaba.

En estas condiciones, la ingratitud y la injusticia no pueden alcanzar al hombre caritativo. Hace el bien porque es su deber y sin esperar obtener ventaja alguna. No busca recompensas; deja a la ley eterna el cuidado de hacer que se deduzcan las consecuencias de sus actos o, más bien, ni siquiera piensa en ello. Es generoso sin cálculo. Para favorecer a los demás, sabe privarse a si mismo, penetrado de la idea de que no existe mérito alguno en dar lo superfluo. Por eso, el óbolo del pobre, el dinero de la viuda, el pedazo de pan partido con el compañero de infortunio tienen más valor que las larguezas del rico. El pobre, en su carencia de lo necesario, puede aun socorrer al que es más pobre que él.

Existen mil maneras de hacernos útiles, de acudir a socorrer a nuestros hermanos. El oro no agota todas las lágrimas ni cura todas las llagas. Hay males para los que una amistad sincera, una ardiente simpatía, una efusión del alma harán más que todas las riquezas.

Seamos generosos para con los que han sucumbido en la lucha contra sus pasiones y han sido arrastrados por el mal; seamos generosos para con los pecadores, los criminales y los duros de corazón. ¿Sabemos por qué fases han pasado sus almas y cuántas tentaciones habrán tenido que soportar, antes de desfallecer? ¿Poseían ese conocimiento de las leyes superiores que ayuda en las horas de peligro? Ignorantes, inseguras, agitadas por los soplos exteriores, ¿podían resistir y vencer? La responsabilidad es proporcional al saber; se pide más al que posee la verdad. Seamos piadosos con los humildes, con los débiles, con los afligidos y con todos aquellos que sangran por las heridas del alma o del cuerpo. Busquemos los ambientes donde los dolores abundan, donde los corazones se rompen, donde las existencias se consumen en la desesperación y el olvido. Descendamos por esos mismos abismos de miseria, con el fin de llevar hasta ellos los consuelos que reaniman, las buenas palabras que reconfortan y las exhortaciones que vivifican, con el fin de hacer que brille la esperanza ese sol de los desgraciados. Esforcémonos en arrancar alguna víctima, en purificarla, en salvarla del mal, en abrirle el camino honrado. Solamente con la abnegación y el afecto aproximaremos las distancias, prevendremos los cataclismos sociales, extinguiendo el odio que se alberga en los corazones de los desheredados.

Todo cuanto el hombre haga por su hermano se graba en el gran libro fluido cuyas páginas se desarrollan a través del espacio, páginas luminosas donde se inscriben nuestros actos, nuestros sentimientos y nuestras ideas. Y esas deudas nos serán pagadas largamente en las existencias futuras. Nada queda perdido ni

olvidado. Los lazos que unen a las almas a través de las épocas son tejidos con las buenas acciones del pasado. La sabiduría eterna lo ha dispuesto todo para el bien de los seres. Las buenas obras realizadas en la Tierra constituyen para su autor un manantial de infinitos goces en el porvenir.

La perfección del hombre se resume en dos palabras: caridad y verdad. La caridad es la virtud por excelencia; es de esencia divina. Resplandece en todos los mundos y reconforta a las almas como una mirada, como una sonrisa del Eterno. Aventaja en los resultados al saber y al genio. Éstos no se manifiestan sin algo de orgullo. Son reconocidos y a veces desconocidos; pero la caridad, siempre dulce y bienhechora, enternece los corazones más duros y desarma a los espíritus más perversos inundándolos de amor.

48. Paciencia y Bondad

Si la soberbia es madre de una multitud de vicios, la caridad da nacimiento a muchas virtudes. La paciencia, la dulzura y la reserva en las conversaciones derivan de ella. Al hombre caritativo le es fácil ser paciente y dulce y perdonar las ofensas que le son hechas. La misericordia es compañera de la bondad. Un alma elevada no puede conocer el odio ni practicar la venganza. Se cierne por encima de los bajos rencores; ve las cosas desde lo alto. Comprendiendo que los errores de los hombres no son más que el resultado de su ignorancia, no concibe la hiel ni el resentimiento. Sólo sabe perdonar, olvidar las equivocaciones del prójimo, aniquilar todo germen de enemistad, borrar toda causa de discordia en el porvenir, tanto en la Tierra como en la vida del espacio.

La caridad, la mansedumbre, el perdón de las injurias nos hace invulnerables, insensibles a las bajezas y a las perfidias. Provocan nuestra emancipación progresiva de las vanidades terrenales, y nos acostumbran a dirigir nuestras miradas hacia las cosas a las cuales la decepción no puede alcanzar.

Perdonar es el deber del alma que aspire a los cielos elevados. ¿Cuántas veces no tenemos necesidad nosotros mismos de ese perdón? ¿Cuántas veces no lo hemos pedido? ¡Perdonemos, con el fin de que seamos perdonados! No podríamos obtener para nosotros lo que rehusásemos a los demás. Si queremos vengarnos, que sea por medio de buenas acciones. El bien hecho a quien nos ofende desarma a nuestro enemigo. Su odio sé cambia en asombro, y su asombro en admiración. Despertando su conciencia adormecida, esta lección puede producir en él una impresión profunda. Por este medio, quizá iluminándola, hayamos arrancado un alma a la perversidad.

El único mal que se debe señalar y combatir es el que recae sobre la sociedad. Cuando se presenta bajo la forma de la hipocresía, de la duplicidad, de la mentira, debemos desenmascararlo, pues otras personas podrían sufrirlo; pero es hermoso guardar silencio acerca de lo que atañe sólo a nuestros intereses o a nuestro amor propio. La venganza, bajo todas sus formas el duelo o la guerra, es el vestigio del salvajismo primitivo, la herencia de un mundo bárbaro y atrasado. El que haya entrevisto el encadenamiento grandioso de las leyes superiores, de ese principio de justicia cuyos efectos repercuten a través del tiempo, ¿puede pensar en vengarse?

Vengarse es hacer dos faltas, dos crímenes de uno solo: es hacerse tan culpable como el ofensor mismo. Cuando el ultraje o la injusticia nos hieran, impongamos silencio a nuestra dignidad herida, pensemos en aquellos que, en el pasado oscuro, fueron ofendidos, ultrajados, expoliados por nosotros mismos, y soportemos la injuria como una reparación. No perdamos de vista la finalidad de la existencia, que tales accidentes nos harían olvidar. No abandonemos el camino recto y seguro; no nos dejemos arrastrar por la pasión hacia pendientes peligrosas que nos conducirían a la bestialidad; ascendamos, más bien, por estas pendientes con gran valor. La venganza es una locura que nos haría perder el fruto del bien, de los progresos, retroceder en el camino recorrido. Algún día, cuando hayamos abandonado la Tierra, tal vez bendigamos a aquellos que fueron duros y despiadados con nosotros, que nos despojaron y nos llenaron de amargura; les bendeciremos, porque

de sus iniquidades habrá salido nuestra felicidad espiritual. Creían habernos hecho mal, y facilitaron nuestro adelanto y nuestra elevación, al proporcionarnos la ocasión de que sufriésemos sin murmurar, perdonando y olvidando.

La paciencia es aquella cualidad que nos enseña a soportar con calma todas las contrariedades. No consiste en extinguir en nosotros toda sensación, en dejarnos indiferentes e inertes, sino en buscar más allá de los horizontes del presente los consuelos que nos hacen que consideremos como fútiles y secundarias las tribulaciones de la vida material. La paciencia conduce a la benevolencia. Como si fuesen unos espejos, las almas nos envían el reflejo de los sentimientos que nos inspiran. La simpatía llama a la simpatía, y la indiferencia engendra la acritud. Sepamos, cuando sea necesario, reprender con dulzura, discutir sin exaltación, juzgar todas las cosas con moderación y benevolencia; huyamos de todo lo que apasiona y sobreexcita.

Guardémonos, sobre todo, de la cólera, que es el despertar de todos los instintos salvajes amortiguados por el progreso y la civilización, una reminiscencia de nuestras vidas oscuras. En todo hombre, la bestia subsiste aún en ciertos aspectos: la bestia que debemos domar a fuerza de energía, si no queremos ser dominados y esclavizados por ella. En la cólera, esos instintos adormecidos se despiertan y hacen una fiera del hombre. Entonces, se desvanecen toda dignidad, toda razón y todo respeto por uno mismo. La cólera nos ciega, nos hace perder la conciencia de nuestros actos, y, en sus furores, puede conducirnos hasta el crimen.

La naturaleza del hombre sensato consiste en contenerse siempre, y la cólera es indicio de un carácter atrasado. El que sienta inclinación a ella, deberá velar con cuidado por sus emociones, ahogar en sí el sentimiento de la personalidad, procurar no hacer ni decir nada, en tanto que se sienta bajo el imperio de esa pasión temible. Esforcémonos en adquirir la bondad, cualidad inefable y aureola de la vejez; la bondad, que supone para su poseedor ese culto del corazón, rendido por los humildes y los débiles a sus sostenes y a sus protectores.

La indulgencia, la simpatía y la bondad apaciguan a los hombres, los atraen hacia nosotros, los disponen a prestar a nuestra opinión oído confiado, en tanto que la severidad les rechaza y les aleja. La bondad nos crea así una especie de austeridad moral sobre las almas, nos proporciona más medios de conmooverlas y de orientarlas hacia el bien. Hagamos, pues, de esta virtud una antorcha con cuya ayuda podamos llevar la luz a las inteligencias más oscuras, tarea delicada, pero que hará más fácil un poco de amor hacia nuestros hermanos unido al sentimiento profundo de la solidaridad.

49. El amor

El amor es la celestial atracción de las almas y de los mundos, la potencia divina que une a los universos, los gobierna y los fecunda. ¡El amor es la mirada de Dios!

No designéis con semejante nombre la pasión ardiente que excita los deseos carnales. Eso no es más que una sombra, una grosera imitación del amor. No; el amor es el sentimiento superior en el que se funden y se armonizan todas las cualidades del corazón; es la coronación de las virtudes humanas, de la dulzura, de la caridad, de la bondad; es el nacimiento en el alma de una fuerza que nos impulsa, por encima de la materia, hacia las alturas divinas; nos une a todos los seres, y despierta en nosotros felicidades íntimas que llegan mucho más lejos que todas las voluptuosidades terrenas.

Amar es sentirse vivir en todos y por todos: es consagrarse hasta el sacrificio, hasta la muerte, a una causa o a un ser. Si queréis saber lo que es amor, considerad las grandes figuras de la humanidad, y, sobre todo, a Cristo, para quien el amor era toda la moral y toda la religión. ¿No dijo: "Amad a vuestros enemigos, y haced el bien a aquellos que os persiguen"...? Al emplear este lenguaje, Cristo no nos exige un afecto que no pueda caber en nuestro corazón, sino la ausencia de todo odio y de todo espíritu de venganza; una disposición sincera para ayudar, cuando llegue la ocasión, a aquellos que nos afligen.

Una especie de misantropía, de laxitud moral aleja, a veces, a los buenos espíritus del resto de la humanidad. Hay que reaccionar contra esa tendencia al aislamiento, considerando todo cuanto existe de grande y de hermoso en el ser humano, acordándose de todas las muestras de afecto, de todos los actos bienhechores de que se fue objeto. ¿Qué es el hombre separado de sus semejantes, privado de la familia y de la patria? Un ser inútil y desgraciado. Sus facultades se debilitan, sus fuerzas se aminoran y la tristeza le invade. En la soledad, no se progresa. Así pues, hay que vivir con los hombres y ver en ellos a unos compañeros necesarios. El buen humor es la salud del alma. Dejemos que nuestro corazón se abra a las impresiones sanas y fuertes. ¡Amemos para ser amados!

Si nuestra simpatía debe extenderse hasta todo cuanto nos rodea seres y cosas, hasta todo lo que nos ayuda a vivir y aún hasta los miembros desconocidos de la gran familia humana, ¿qué amor profundo e inalterable no deberemos a nuestros padres? al padre cuya solicitud sustentó nuestra infancia, a quien durante mucho tiempo trabajó para allanar ante nosotros el rudo sendero de la vida, y a la madre que nos llevó en su seno y nos alimentó, que veló con angustia nuestros primeros pasos y nuestros primeros dolores. ¿Con qué tierna abnegación no deberemos rodear su vejez y reconocer su afecto y sus asiduos cuidados?

A la patria debemos igualmente nuestro corazón y nuestra sangre. Ella recoge y transmite la herencia de las numerosas generaciones que trabajaron y sufrieron para edificar una civilización cuyos frutos recibimos al nacer. Guardianas de los tesoros intelectuales acumulados por las edades, vela por su conservación y por su desarrollo, y, madre generosa, los distribuye entre todos sus hijos. En ese patrimonio sagrado, ciencias y artes, leyes, instituciones, orden y libertad; en todo el inmenso engranaje que ha salido del pensamiento y de las manos de los hombres; en todo lo que constituye la riqueza, la grandeza y el genio de una nación, tenemos todos parte. Sin la patria, sin esa civilización que ella nos lega, no seríamos más que salvajes. ¡Por mucho que hagamos por ella, nunca le devolveremos lo que ella hizo por nosotros! Veneremos la memoria de aquellos que contribuyeron con sus vigiliadas, con sus esfuerzos y sus sacrificios a reunir y a aumentar esa herencia; la memoria de los héroes que defendieron la patria en las horas horribles; la de todos aquellos que, hasta en el umbral de la muerte, proclamaron la verdad, sirvieron a la justicia y nos transmitieron, enrojecidos con su sangre, las libertades y los progresos de que gozamos.

El amor, profundo como el mar e infinito como el cielo, abarca a todos los seres. Dios es su centro. Como el Sol se eleva indiferentemente sobre todas las cosas y da calor a la Naturaleza entera, el amor divino vivifica a todas las almas; sus rayos penetran a través de las tinieblas de nuestro egoísmo y van a iluminar con resplandores temblorosos el fondo de todo corazón humano. Todos los seres han sido hechos para amar. Las parcelas de la vida moral y los gérmenes de bien que reposan en ellas, fecundados por el foco supremo, brotarán un día y florecerán hasta que queden reunidos en una comunión de amor, en una fraternidad universal.

Cualquiera que sea quien lea estas páginas, sepa que nos encontraremos algún día, bien en este mundo, en existencias ulteriores, bien en una esfera más avanzada o en la inmensidad de los espacios, y que estamos destinados a influirnos en el sentido del bien, a ayudarnos en nuestra ascensión común. Hijos de Dios, miembros de la gran familia de los espíritus, señalados en la frente con el signo de la inmortalidad, estamos destinados a conocernos y a unimos en la santa armonía de las leyes morales divinas, lejos de las pasiones y de las grandezas engañadoras de la Tierra. Mientras esperamos ese día, que mi pensamiento vaya hacia ti, ¡oh, hermano o hermana mía!, como un testimonio de dulce simpatía; que te sustente en tus dudas, que te consuele en tus dolores, que te reanime en tus desfallecimientos; que se junte con el tuyo para pedir a nuestro Padre común que nos ayude a conquistar un porvenir mejor.

50. Resignación en la adversidad

El sufrimiento es una ley de nuestro mundo. En todas las condiciones, en todas las edades, bajo todos los climas, el hombre ha sufrido y también ha llorado. A pesar de los progresos morales, millares de seres se

inclinan aún bajo el peso del dolor. Las clases superiores no están exentas de males. En los espíritus cultos, la sensibilidad más despierta y más exquisita conduce a impresiones más vivas. El rico, como el pobre, sufre en su carne y en su corazón. Desde todos los diversos puntos del globo, la lamentación humana sube hacia el espacio.

Aun en el seno de la abundancia, un sentimiento de abrumación, una vaga tristeza se apodera a veces de las almas delicadas. Comprenden que la felicidad es irrealizable en la Tierra y que sólo luce con fugitivos relámpagos. El espíritu aspira a vidas y a mundos mejores; una especie de intuición le dice que la Tierra no lo es todo. Para el hombre alimentado por la filosofía de los espíritus, esa intuición vaga se cambia en certidumbre. Sabe adónde va y conoce el porqué de sus males y la razón de ser del sufrimiento. Más allá de las sombras y de las angustias de la Tierra, entrevé el alborear de una nueva vida.

Para pesar los bienes y los males de la existencia; para saber lo que son la felicidad y la desdicha verdadera, hay que elevarse por encima del círculo estrecho de la vida terrena. El conocimiento de la vida futura y de la suerte que nos espera en ella nos permite medir las consecuencias de nuestros actos y su influencia sobre nuestro porvenir.

Considerada desde este punto de vista, la desgracia, para el ser humano, no consistirá ya en el sufrimiento, en la pérdida de sus deudos, en las privaciones y en las miserias, no; consistirá en todo lo que le manche, le empequeñezca o le suponga un obstáculo para su adelanto. La desgracia, para el que sólo considera el presente, puede ser la pobreza, los achaques o la enfermedad. Para el espíritu desvinculado de lo Alto, será el amor al placer, la soberbia y la vida inútil y culpable. No se puede juzgar una cosa sin ver todo lo que de ella se deduce, y, por eso, nadie comprenderá la vida si no conoce su finalidad y sus leyes.

Los padecimientos, al purificar el alma, preparan su elevación y su felicidad, en tanto que los goces de este mundo, las riquezas y las pasiones la debilitan y le proporcionan en la otra vida amargas decepciones. Así pues, el que sufre en su alma y en su cuerpo, aquel a quien la adversidad abrumba, puede esperar y levantar su mirada confiada hacia el Cielo; paga su deuda al destino y conquista su libertad. En cambio, el que se complace en la sensualidad forja sus propias cadenas, acumula nuevas responsabilidades que pesarán enormemente sobre sus días futuros.

El dolor, bajo sus formas múltiples, es el remedio supremo para las imperfecciones y para los achaques del alma. Sin él, no hay curación posible. Del mismo modo que las enfermedades orgánicas son con frecuencia el resultado de nuestros excesos, los padecimientos morales que nos atacan son la resultante de nuestras faltas pasadas. Tarde o temprano, esas faltas recaen sobre nosotros, con sus consecuencias lógicas. Tal es la ley de justicia y de equilibrio moral. Sepamos aceptar sus efectos, como aceptamos los remedios amargos, las operaciones dolorosas, que han de devolver la salud y la agilidad a nuestro cuerpo. Aun cuando las tristezas, las humillaciones y la ruina nos abrumen, soportémoslas con paciencia. El labrador desgarrá el seno de la tierra para hacer brotar de ella la mies dorada. Así, de nuestra alma desgarrada surgirá una abundante cosecha moral.

La acción del dolor separa de nosotros lo que es impuro y malo: los apetitos groseros, los vicios, los deseos, todo lo que viene de la tierra debe volver a la tierra. La adversidad es la gran escuela, el campo fértil de las transformaciones. Gracias a sus enseñanzas, las pasiones malas se truecan poco a poco en pasiones generosas, en amor al bien. Nada se pierde. Pero esa transformación es lenta y difícil. El sufrimiento, la lucha constante contra el mal, el sacrificio propio únicamente pueden realizarla. Con ellos, el alma adquiere la experiencia y la sabiduría. El fruto verde y ácido que esta alma era se cambia, bajo las ondas generadoras del padecimiento, bajo los rayos del sol divino, en un fruto dulce, perfumadas y maduras para los mundos superiores.

Sólo la ignorancia de las leyes universales nos hace aceptar nuestros males con disgusto. Si comprendiésemos cuán necesarios son estos males para nuestro adelanto, si supiésemos saborear su amargura no nos parecerían una pesada carga. Todos odiamos el dolor, y sólo comprendemos su utilidad

después que hemos abandonado el mundo donde el dolor ejerce su imperio. Su obra es fecunda, sin embargo. Hace fructificar en nosotros tesoros de piedad, de ternura y de afecto. Los que nunca lo conocieron valen poco. Apenas queda desbrozada la superficie de sus almas. Nada es profundo en ellos: ni el sentimiento ni la razón. Como no soportaron el sufrimiento, permanecen indiferentes e insensibles al de los demás.

En nuestra ceguera, maldecimos nuestras existencias oscuras, monótonas y dolorosas; pero cuando levantamos nuestras miradas por encima de los horizontes limitados de la Tierra; cuando hemos discernido el verdadero motivo de la vida, comprendemos que esas vidas son preciosas e indispensables para dominar a los espíritus soberbios, para someternos a esa disciplina moral, sin la cuál no hay progreso alguno.

Libres en nuestras acciones y exentos de males y de preocupaciones, nos dejaríamos llevar de los arrebatos de nuestras pasiones y por los impulsos de nuestro carácter. Lejos de trabajar en nuestro mejoramiento, no haríamos más que añadir nuevas faltas a nuestras faltas pasadas, en tanto que, comprimidos por el sufrimiento en existencias humildes, nos acostumbramos a la paciencia y a la reflexión, nos proporcionamos esa única calma de pensamiento que nos permite oír la voz de lo alto, la voz de la razón.

En el crisol del dolor es donde se forman las almas grandes. A veces, ante nuestros ojos, unos ángeles de bondad vienen a vaciar el cáliz de amargura, con el fin de dar el ejemplo a aquellos a quienes exalta el tormento de las pasiones. El sufrimiento es la reparación necesaria, aceptada con conocimiento de causa por muchos de nosotros. Que esta idea nos inspire en los momentos de desfallecimiento; que el espectáculo de los males soportados con una resignación conmovedora nos dé fuerza para permanecer fieles a nuestros propios compromisos, a las resoluciones viriles adoptadas antes del regreso a la carne.

La fe nueva ha resuelto el problema de la purificación por el dolor. La voz de los espíritus nos alienta en las horas difíciles. Los mismos que soportaron todas las agonías de la existencia terrestre nos dicen hoy:

"He sufrido, y sólo he sido feliz con mis sufrimientos. He rescatado muchos años de lujo y de molicie. El sufrimiento me ha enseñado a pensar y a orar; en medio de las embriagueces del placer, jamás la reflexión saludable había penetrado en mi alma, nunca la oración había rozado mis labios. ¡Benditos sean mis padecimientos, puesto que por fin me han abierto el camino que conduce a la sabiduría y a la verdad!"
(Comunicación mediúmnica recibida por el autor.)

¡He aquí la obra del sufrimiento! ¿No es la más grande de todas cuantas se realizan en la humanidad? Se prosigue en silencio y en secreto, pero sus resultados son incalculables. Apartando al alma de todo cuanto es bajo, material y transitorio, ésta se eleva y se orienta hacia el porvenir y hacia los mundos superiores. Le habla de Dios y de las leyes eternas. Ciertamente, es hermoso tener un final glorioso muriendo joven al combatir por el propio país. La historia registra el nombre de los héroes, y las generaciones rinden a su memoria un justo tributo de admiración; pero una larga vida de sufrimientos, de dolores pacientemente soportados es aún más fecunda para el adelanto del espíritu. La historia no hablará de ello, sin duda. Todas estas vidas oscuras y mudas, vidas de lucha silenciosa y de recogimiento, caen en el olvido; pero quienes las realizaron encontraron en la luz espiritual su recompensa. Sólo el dolor ablanda nuestro corazón y aviva el fuego de nuestra alma. Es como tijeras que le dan sus proporciones armónicas, afinan sus contornos y le hacen resplandecer en su más perfecta belleza. Una obra de sacrificio, lenta y continua, produce mejores efectos que un acto sublime aislado.

Consolaos, pues, todos vosotros, ignorados que sufrís en la sombra males crueles; y vosotros, a quienes se desprecia por vuestra ignorancia y por vuestras facultades restringidas. Sabed que entre vosotros se encuentran grandes espíritus que quisieron renacer ignorantes para humillarse abandonando por algún tiempo sus brillantes facultades, sus aptitudes y su talento. Muchas inteligencias son veladas por la expiación; pero, en el momento de la muerte, caen esos velos, y aquellos a quienes se desdeñaba por su poco saber, eclipsan a los soberbios que les rechazaban. No hay que despreciar a nadie. Bajo humildes y mezquinas apariencias, y aun en los idiotas y en los locos, grandes espíritus ocultos en la carne espían un pasado temible.

¡Oh, vidas humildes y dolorosas, empapadas en lágrimas y santificadas por el deber; vidas de luchas y de renunciamientos; existencias de sacrificio por la familia, por los débiles y los humildes; altruismos desconocidos,

abnegaciones ignoradas, más meritorios que los sacrificios célebres!... Os halláis en los escalones que conducen al alma a la felicidad... A vosotras, a los obstáculos, a las humillaciones de que sois objeto es a quienes se debe su pureza, su fuerza y su grandeza. Sólo vosotras, en efecto, en las angustias de cada día, en las inmolaciones impuestas, ponéis de manifiesto la paciencia, la resolución, la constancia y toda la sublimidad de la virtud, y ésta os dotará de la aureola espléndida prometida en el espacio para las frentes de aquellos que sufrieron, lucharon vencieron.

Si existe una prueba cruel, es la pérdida de los seres amados, cuando, uno tras otro, se les ve desaparecer, arrebatados por la muerte, y la soledad se forma poco a poco a nuestro alrededor, plena de silencio y de oscuridad.

Estas huidas sucesivas de todos los que nos fueron queridos son otras tantas advertencias solemnes; nos arrancan a nuestro egoísmo; nos ponen de manifiesto la puerilidad de nuestras preocupaciones materiales y de nuestras ambiciones terrenas, y nos invitan a que nos preparemos para emprender el gran viaje.

La pérdida de una madre es irreparable. ¡Qué vacío se forma a nuestro alrededor cuando esta amiga, la mejor, la más antigua y la más segura de todas, desciende a la tumba! ¡Que los ojos que nos contemplaron con amor se cierren para siempre! ¡Que los labios que se posaron tantas veces sobre nuestras frentes se enfríen!... El amor de una madre, ¿no es lo más puro y desinteresado que hay? ¿No es como un reflejo de la bondad de Dios?

La muerte de nuestros hijos constituye también un veneno de amargas tristezas. Un padre o una madre no podrían ver la desaparición del objeto de su cariño sin experimentar un desgarramiento. En esas horas desoladas es cuando la filosofía de los espíritus nos presta un gran socorro. A nuestros pesares, a nuestro dolor al ver truncadas tan pronto unas existencias llenas de promesas, responde diciendo que una muerte prematura constituye con frecuencia un bien para el espíritu que se va y se encuentra emancipado de los peligros y de las seducciones de la Tierra. Esta vida tan corta, para nosotros inexplicable misterio, tenía su razón de ser. El alma confiada a nuestros cuidados y a nuestras ternuras venía para completar lo que había tenido de insuficiente para ella una encarnación precedente. Sólo vemos las cosas desde el punto de vista humano, y a eso se deben nuestros errores. La estancia de esos niños en la Tierra nos hubiera sido útil. Habría hecho nacer en nuestro corazón las santas emociones de la paternidad, sentimientos delicados hasta entonces desconocidos para nosotros que enternecen y hacen mejor al hombre. Habría formado, de nosotros a ellos, lazos lo suficientemente poderosos para que nos uniesen a ese Mundo Invisible que nos reunirá a todos. Porque en eso estriba la hermosura de la Doctrina de los espíritus. Con ella esos seres no quedan perdidos para nosotros. Nos abandonan por un instante, si bien estamos destinados a reunirnos con ellos.

¿Qué digo? Nuestra separación no es mas que aparente. Esas almas, esos niños, esa madre bienamada están a nuestro lado. Sus fluidos y sus pensamientos nos envuelven: su amor nos protege. Podemos, incluso, algunas veces, comunicar con ellos y recibir sus estímulos y sus consejos. Su afecto hacia nosotros no se ha desvanecido. La muerte le ha hecho más profundo y más esclarecido. Nos exhortan a apartar lejos de nosotros esa vana tristeza, esos pesares estériles cuyo espectáculo les hace desgraciados. Nos suplican que trabajemos con valor y perseverancia en nuestro mejoramiento, a fin de que volvamos a encontrarlos y nos reunamos con ellos en la vida espiritual.

Luchar contra la adversidad es un deber; abandonarse, dejarse llevar por la pereza, sufrir sin reaccionar ante los males de la vida sería una cobardía. Las dificultades que hemos de vencer ejercitan y desarrollan nuestra inteligencia. Sin embargo, cuando nuestros esfuerzos son superfluos, cuando se interpone en nuestro camino lo inevitable, ha llegado la hora de invocar a la resignación. Ningún poder lograría apartar de nosotros las consecuencias del pasado. Sublevarse contra la ley moral sería tan insensato como pretender resistir a las leyes de la distancia y de la pesantez. Un loco puede tratar de luchar contra la naturaleza inmutable de las cosas, en tanto que el espíritu sensato encuentra en el padecimiento un medio de reconfortarse y de fortificar sus cualidades viriles. El alma intrépida acepta los males del destino; pero, con el pensamiento, se eleva por encima de ellos y hace de los mismos un pedestal para alcanzar la virtud.

Las aflicciones más crueles y más profundas, cuando son aceptadas con la sumisión que supone el consentimiento de la razón y del corazón, indican generalmente el término de nuestros males, el pago de la última fracción de nuestra deuda. Es el instante definitivo en que importa permanecer firme, invocar a toda nuestra resolución y a nuestra energía moral, con el fin de salir victoriosos de la prueba y recoger sus frutos.

Frecuentemente, en las horas difíciles, la idea de la muerte acude a visitarnos. Nos es comprensible solicitar la muerte, pero no es verdaderamente deseable, sino después de haber triunfado de todas nuestras pasiones. ¿Para qué desear la muerte si, no estando curados de nuestros vicios, necesitaríamos aún de purificarnos con penosas reencarnaciones? Nuestras faltas son como la túnica del centauro pegada a nuestro ser, y de la que sólo el arrepentimiento y la expiación nos pueden librar.

El dolor reina siempre como soberano en el mundo y, sin embargo, un examen atento nos demostraría con cuánta sabiduría y con qué previsión la voluntad divina ha graduado sus efectos. De etapa en etapa, la Naturaleza se encamina hacia un orden de cosas menos feroz, menos violento. En las primeras edades de nuestro planeta, el dolor constituía la única escuela y el único acicate para los seres. Pero, poco a poco, el sufrimiento se atenúa: los males espantosos, la peste, la lepra y el hambre, permanentes en otro tiempo, casi han desaparecido. El hombre ha dominado a los elementos, ha aproximado las distancias y ha conquistado la Tierra. La esclavitud ya no existe. Todo evoluciona y progresa. Lenta, pero seguramente, a pesar de los retrocesos inherentes a la libertad, la humanidad se mejora. Tengamos confianza en la Potencia directora del Universo. Nuestro espíritu limitado no sabría juzgar el conjunto de sus medios. Sólo Dios posee la noción exacta de esta ritmada cadencia, de esta alternativa necesaria de la vida y de la muerte, de la noche y del día, del placer y del dolor, de donde se desprenden finalmente la felicidad y la elevación de los seres. Dejémosle, pues, el cuidado de fijar la hora de nuestra partida, y esperémosla sin desearla ni temerla.

Por fin, queda recorrido el camino de los sufrimientos; el justo comprende que el término está próximo. Las cosas de la Tierra palidecen cada vez más ante sus ojos. El sol le parece empañado, las flores incoloras y el camino más pedregoso. Pleno de confianza, ve aproximarse la muerte. ¿No será la calma tras la tempestad, el puerto después de una travesía tormentosa?

¡Qué grande es el espectáculo ofrecido por el alma resignada apresurándose a abandonar la Tierra, después de una vida dolorosa! Dirige una última mirada hacia su pasado; vuelve a ver, en una especie de penumbra, los desprecios padecidos, las lágrimas contenidas, los gemidos ahogados, los sufrimientos soportados brevemente. Siente soltarse con suavidad las trabas que le encadenaban a este mundo. Va a abandonar su cuerpo de barro, va a dejar muy lejos de sí todas las servidumbres materiales. ¿Qué podría temer? ¿No ha probado su abnegación, no ha sacrificado sus intereses a la verdad y al deber? ¿No ha bebido hasta la hez el cáliz purificador?

Ve también lo que le espera. Las imágenes fluídicas de sus actos de sacrificio y de renuncia, sus pensamientos generosos le han colocado jalones brillantes que señalan el camino de su ascensión. Tales son los tesoros de su vida nueva.

Distingue todo esto, y su mirada se levanta más aún hacia lo Alto, hacia la Altura que sólo se escala con la luz en la frente y el amor y la fe en el corazón.

Ante este espectáculo, un júbilo celestial le penetra; casi lamenta no haber sufrido bastante. Una última oración, como un grito de alegría, brota de las profundidades de su ser y sube hacia su Padre, hacia su Dueño bienamado. Los ecos del espacio repiten ese grito de liberación, al cual se juntan los acentos de los espíritus felices que se aglomeran en multitud para recibirle.

51. La oración

La oración debe ser una expansión íntima del alma hacia Dios, una conversación solitaria, una meditación siempre útil y a menudo fecunda. Es el refugio por excelencia de los afligidos, de los corazones martirizados. En las horas de tribulación, de desgarramiento interior y de desesperación, ¿quién no ha encontrado en la oración la calma y el reconfortamiento, o, por lo menos, una suavización de sus males? Un dialogo misterioso se establece entre el alma sufriente y la potencia evocada. El alma expone sus angustias y sus desfallecimientos; implora socorro, apoyo, indulgencia. Y entonces, en el santuario de la conciencia, una voz secreta responde, la voz de Aquel del cual provienen toda fuerza para las luchas de este mundo, todo bálsamo para nuestras heridas, toda luz para nuestras incertidumbres. Y esta voz con suela, anima y persuade; hace descender hasta nosotros el valor, la sumisión y la resignación estoica. Nos sentimos menos tristes y menos abrumados; un rayo de sol divino entra en nuestra alma y hace florecer en ella la esperanza.

Hay hombres que maldicen de la oración, que la encuentran pueril y ridícula. Éstos jamás oran ni supieron orar. ¡Ah!, desde luego, si no se tratase más que de unos rosarios recitados sin convicción, de esas recitaciones tan vanas como interminables, de todas esas oraciones clasificadas y numeradas que balbucean los labios y en las que el corazón no toma parte, podrían comprenderse sus críticas; pero no es ésta la verdadera oración. Rebajaría a fórmulas cuya longitud se relaciona con los beneficios que reporta, constituye una profanación y casi un sacrilegio.

La oración es una elevación por encima de las cosas terrenas, una ardiente invocación, un transporte, un batir de alas hacia regiones que no turban los murmullos y las agitaciones del mundo material, y donde el ser obtiene las inspiraciones que le son necesarias. Cuanto más poderoso es su transporte, cuanto más sincera es su invocación, más distintas y más claras se revelan en él las armonías, las voces y las grandezas de los mundos superiores. Es como una ventana que se abre hacia lo invisible, hacia lo infinito, y por donde el ser percibe mil impresiones consoladoras y sublimes, se impregna con bellas emociones y se embriaga y se sumerge en ellas como en un baño flúidico regenerador.

En estas conversaciones del alma con la Potencia suprema, el lenguaje no debe ser preparado ni fijado de antemano; debe variar según las necesidades y el estado de espíritu del ser humano. Es un grito, una queja, un acto de adoración, un inventario moral hecho ante los ojos de Dios, o una simple idea, un recuerdo, una mirada alzada hacia los Cielos.

No hay horas para la oración. Es bueno, sin duda, elevar el corazón a Dios al comienzo y al final de la jornada; pero si os sentís en mala disposición, no recéis. En cambio, cuando vuestra alma está enternecida, conmovida por un sentimiento profundo, por el espectáculo de lo infinito, bien sea a la orilla del mar, bajo la claridad del día o bajo la cúpula ocelada de la noche, en medio de los campos y de los bosques umbrosos o en el silencio de las selvas, entonces, rezad; es buena y grande toda causa que humedezca vuestros ojos de lágrimas, que haga doblar vuestra rodilla y brotar de vuestro corazón un himno de amor o un grito de adoración hacia la Potencia eterna que guía vuestros pasos por el borde de los abismos.

Sería un error creer que podemos obtenerlo todo por medio de la oración; que su eficacia es lo suficientemente grande para apartar de nosotros los padecimientos inherentes a la vida. La ley de la inmutable justicia no podría acomodarse a nuestros caprichos. Algunos solicitan la fortuna, ignorando que esto constituiría para ellos la desgracia, pues con ella darían un libre impulso a sus pasiones. Otros pretenden alejar los males que son a veces la condición necesaria de su progreso. Suprimirlos traería por consecuencia el hacerles la vida estéril. Por otra parte, ¿cómo podría Dios acceder a todos los deseos que los hombres expresan en sus oraciones? La mayor parte son incapaces de discernir lo que les conviene y lo que les sería más provechoso.

En la oración que dirige todos los días al Eterno, el hombre sensato no pide que su destino sea feliz; no pide que el dolor, las decepciones y los reveses sean apartados de él, ¡no! Lo que desea es conocer la ley para cumplirla mejor; lo que implora es la ayuda de lo Alto, el auxilio de los espíritus bienhechores, a fin de soportar dignamente los malos días. Y los buenos espíritus responden a su invocación. No tratan de desviar el curso de

la justicia, de poner trabas a la ejecución de los divinos decretos. Sensibles a los sufrimientos humanos que conocieron y padecieron, llevan a sus hermanos de la Tierra la inspiración que les sustenta contra las influencias materiales; favorecen esos nobles y saludables pensamientos, esos transportes del corazón que, orientándoles hacia las altas regiones, les libran de las tentaciones y de los lazos de la carne. La oración del hombre sensato, hecha con recogimiento profundo, fuera de toda preocupación egoísta, despierta en él esa intuición del deber, ese sentimiento superior de lo verdadero, del bien y lo justo que le guían a través de las dificultades de la existencia y le mantienen en comunión íntima con la gran armonía universal.

Pero la Potencia soberana no representa solamente la justicia; es también la bondad infinita, inmensa y caritativa. Ahora bien, ¿por qué no obtenemos con nuestras oraciones todo lo que la bondad puede conciliar con la justicia? Siempre podemos pedir apoyo y socorro en las horas de angustia. Sólo Dios sabe lo que es más conveniente para nosotros, y aún cuando no tengan objeto alguno nuestras demandas, nos enviará siempre sostén fluídico y resignación.

Cuando una piedra llega a herir las aguas, se ve vibrar la superficie en ondulaciones concéntricas. Así, el fluido universal se pone en vibración por nuestras oraciones y nuestros pensamientos, con la diferencia de que las vibraciones de las aguas son limitadas y las del fluido universal se suceden hasta lo infinito. Todos los seres y todos los mundos están bañados en ese elemento, como lo estamos nosotros mismos en la atmósfera terrestre. De ello resulta que nuestro pensamiento, cuando está conmovido por una fuerza de impulsión, por una voluntad suficiente, llega a impresionar a las almas a distancias incalculables. Una corriente fluídica se establece de unas a otras y permite a los espíritus elevados que respondan a nuestras invocaciones e influyan en nosotros a través del espacio.

Lo mismo ocurre con respecto a las almas sufrientes. La oración opera sobre ellas como una magnetización a distancia. Penetra a través de los fluidos espesos y sombríos que envuelven a los espíritus desgraciados; atenúa sus preocupaciones y sus tristezas. Es la flecha luminosa que orada sus tinieblas, la vibración armoniosa que dilata y regocija al alma oprimida. ¡Qué consuelo para esos espíritus, comprender que no están abandonados, que unos seres humanos se interesan aún por su suerte! Sonidos a la vez potentes y dulces se elevan como un canto en el espacio y repercuten con mayor intensidad a medida que emanan de una boca más amante. Llegan hasta aquellos espíritus, los conmueven y los penetran profundamente. La voz lejana y amiga les proporciona la paz, la esperanza y el valor. Si pudiésemos medir el efecto producido por una oración ardiente, por una voluntad generosa y enérgica sobre esos desgraciados, nuestros votos se elevarían a menudo hacia los desheredados, hacia los abandonados del espacio, hacia aquellos en los que no se piensa y que están sumidos en un taciturno desaliento.

Orar por los espíritus desgraciados, orar con compasión y con amor es una de las formas más eficaces de la caridad. Todos pueden ejercerla; todos pueden facilitar la separación de las almas y abreviar la duración de las turbaciones que experimentan después de la muerte, con un transporte caluroso del pensamiento, con un recuerdo bienhechor y afectuoso. La oración facilita la disgregación corporal, ayuda al espíritu a separarse de los fluidos groseros que le encadenan a la materia. Bajo la influencia de las ondas magnéticas que proyecta una voluntad poderosa, cesa la torpeza, el espíritu se reconoce y recobra la posesión de sí mismo. La oración para otro, para nuestro prójimo, para los infortunados y los enfermos, cuando está hecha con un corazón recto y una fe ardiente, puede también producir saludables efectos. Aún cuando las leyes del destino le pongan un obstáculo, aun cuando el sufrimiento ha de ser soportado hasta el final, la oración no es inútil. Los fluidos bienhechores que lleva en sí se acumulan para esparcirse, cuando llega la muerte, sobre el espíritu del ser amado.

«Reuníos para orar» -ha expresado Jesús-. La oración hecha en común es un haz de pensamientos, de voluntades, de rayos, de armonías y de perfumes que se dirige con mayor empuje hacia su objeto. Puede adquirir una fuerza irresistible, una fuerza capaz de remover, de conmover las masas fluídicas. ¡Qué palanca para el alma ardiente que pone en este transporte todo cuanto hay en ella de grande, de puro y de elevado! En este estado, brotan sus pensamientos como una corriente impetuosa en amplias y poderosas oleadas. A veces,

se ha visto al alma en oración separarse del cuerpo y, en éxtasis, seguir el pensamiento ferviente que proyectaba como precursor hacia el infinito. El hombre lleva en sí un motor incomparable, del cual sólo sabe obtener un mediano partido. Para ponerlo en marcha bastan, no obstante, dos cosas: la fe y la voluntad.

Considerada en estos aspectos, la oración pierde todo carácter místico. Ya no tiene por objeto la obtención de una gracia, de un favor, sino la elevación del alma y su entrada en relaciones con las potencias superiores fluídicas y morales. La oración es el pensamiento tendido hacia el bien, el hilo luminoso que une a los mundos oscuros con los mundos divinos, a los espíritus encarnados con las almas libres y radiantes. Desdeñarla es desdeñar la única fuerza que nos arranca al conflicto de las pasiones y de los intereses, nos transporta por encima de las cosas cambiantes y nos une a lo que es fijo, permanente e inmutable en el Universo.

En lugar de rechazar la oración, en atención al abuso de que ha sido objeto, ¿no sería mejor utilizarla con prudencia y mesura? Al final de cada día, antes de entregarnos al descanso, descendamos hasta nosotros mismos y examinemos con cuidado nuestras acciones. Sepamos condenar las malas, con el fin de evitar su repetición, y celebremos cuanto hayamos hecho de útil y bueno. Pidamos a la Sabiduría suprema que ayude a que se realice en nosotros y en torno de nosotros la belleza moral y perfecta. Elevemos nuestros pensamientos lejos de la Tierra. ¡Que nuestra alma se lance, alegre y amorosa, hacia el Eterno! Descenderá de semejantes alturas con tesoros de paciencia y de valor que le harán fácil el cumplimiento de sus deberes y de su tarea de perfeccionamiento.

Si, en nuestra impotencia para expresar nuestros pensamientos, se nos hace absolutamente preciso un texto o una fórmula, digamos:

"Dios mío, Tú que eres grande, Tú que lo eres todo, deja caer sobre mí, que soy pequeño, sobre mí, que sólo existo porque Tú lo has querido, un rayo de luz. Haz que, penetrado de tu amor, encuentre fácil el bien y odioso el mal; que animado del deseo de agradarte mi espíritu salve los obstáculos que se oponen al triunfo de la verdad sobre el error, de la fraternidad sobre el egoísmo; haz que en cada compañero de padecimientos vea a un hermano, como Tú ves a un hijo en cada uno de los seres que emanan de Ti y deben volver hacia Ti. Dame el amor al trabajo, que constituye el deber de todos en la Tierra, y, con la ayuda de la antorcha que has puesto a mi alcance, ilumíname acerca de las imperfecciones que retrasan mi adelanto en esta vida y en la otra". (Oración inédita, dictada por medio de la mesa por el espíritu de Jerónimo de Praga a un grupo de obreros de Mans)

Unamos nuestras voces a las voces de lo infinito. Todo pide, todo celebra el júbilo de vivir, desde el átomo que se agita en la luz hasta el astro inmenso que nada en el éter. La adoración de los seres forma un prodigioso concierto que llena el espacio y sube hasta Dios. Es el saludo de los hijos a su Padre, el homenaje rendido por las criaturas al Creador. Interrogad a la Naturaleza en el esplendor de los días soleados, en la calma de las noches estrelladas. Escuchad la gran voz de los océanos, los murmullos que se elevan del seno de los desiertos y de la profundidad de los bosques, los acentos misteriosos que rumorean en el follaje, que resuenan en las gargantas solitarias, que se exhalan de las llanuras y de los valles, franquean las alturas y se extienden por todo el Universo. En todas partes, reuniéndoos, oiréis el admirable cántico que la Tierra dirige a la Gran Alma. Más solemne aún es la oración de los mundos, el canto grave y profundo que hace vibrar a la inmensidad y cuyo sentido sublime sólo comprenden los espíritus.

52. Trabajo, sobriedad y continencia

El trabajo es una ley para las humanidades planetarias como para las sociedades del espacio. Desde el ser más rudimentario hasta los espíritus angélicos que velan por los destinos de los mundos, todos toman parte en el gran concierto universal.

Penoso y grosero para los seres inferiores, el trabajo se suaviza a medida que la vida se refina. Se convierte en un venero de goces para el espíritu adelantado, que se hace insensible a las atracciones materiales, exclusivamente ocupado en los estudios más elevados.

Con el trabajo, el hombre domina a las fuerzas ciegas de la Naturaleza y se pone a salvo de la miseria; por el trabajo es por lo que se fundan las civilizaciones y por lo que se extienden el bienestar y la ciencia. El trabajo es el honor y la dignidad del ser humano. El ocioso que, sin producir nada, se aprovecha de la labor de los demás, no es más que un parásito. Mientras el hombre se halla ocupado en su tarea se acallan sus pasiones. La ociosidad, por el contrario, las desencadena y les abre un vasto campo de acción.

El trabajo constituye también un gran consuelo, un derivativo saludable para nuestras preocupaciones y nuestras tristezas; calma las angustias de nuestro espíritu y fecundiza nuestra inteligencia. No existe un dolor moral, no existen decepciones ni reveses que no encuentren en él un apaciguamiento; no hay vicisitudes que resistan a su acción prolongada. El que trabaja tiene asegurado un refugio para su sufrimiento y un verdadero amigo en la tribulación; no puede aceptar la vida con disgusto. En cambio, ¡cuán digno de lástima es la situación de aquel a quien los achaques condenan a la inmovilidad y a la inacción! Si este hombre ha sentido la grandeza y la santidad del trabajo, si por encima de su interés propio ve el interés general y el bien de todos y quiere contribuir a él, sufre uno de los padecimientos más crueles que se han reservado para el ser viviente.

Tal es también en el espacio la situación del espíritu que faltó a sus deberes y dispuso su vida. Comprendiendo demasiado tarde la nobleza del trabajo y la villanía de la ociosidad, sufre al no poder realizar lo que su alma concibe y desea.

El trabajo es la comunión de los seres. Por él nos aproximamos los unos a los otros, aprendemos a ayudarnos y a unirnos; de esto a la fraternidad no hay más que un paso. La antigüedad romana deshonoró el trabajo haciendo de él la condición propia del esclavo. Esto explica su esterilidad moral, su corrupción y sus secas y frías doctrinas.

Las épocas actuales tienen otra concepción completamente distinta de la vida. Buscan la plenitud en una labor fecunda y regeneradora. La filosofía de los espíritus amplifica más aún esta concepción, indicándonos en la ley del trabajo el principio de todos los progresos y de todas las elevaciones, y demostrándonos que la acción de esta ley se extiende a la universalidad de los seres y de los mundos. Por eso estamos autorizados para decir: Despertad, ¡oh!, vosotros, todos y la sana atmósfera del hogar son unos soberanos preservativos contra las pasiones. En medio de estos seres queridos que ven en nosotros su único apoyo, el sentimiento de nuestra responsabilidad aumenta, nuestra dignidad y gravedad crecen, comprendemos mejor nuestros deberes, y en los goces que esta vida nos proporciona, obtenemos fuerzas que nos facilitan su realización. ¿Cómo nos atreveríamos a cometer actos de los que nos avergonzaríamos ante las miradas de nuestra mujer y de nuestros hijos? Aprender a dirigir a los demás es aprender a dirigirse a sí mismo, a hacerse prudente y sensato, a apartar de nosotros todo lo que puede manchar nuestra existencia.

Es culpable vivir solo. En cambio, dar la vida a los demás, vernos revivir en unos hijos de los que hemos sabido hacer hombres útiles y servidores celosos de la causa del bien, y morir después de haberles inculcado un sentimiento profundo del deber y un conocimiento extenso del destino, constituye una noble tarea.

Si existe una excepción de esta regla, es en favor de aquellos que, por encima de la familia, han colocado a la humanidad, y para servirla mejor, para cumplir en su provecho una misión más elevada aún, prefirieron afrontar solos los peligros de la vida, subir solitarios por el arduo sendero y consagrar todos sus instantes, todas sus facultades y toda su alma a una causa que muchos ignoran, pero que ellos no pierden nunca de vista.

La sobriedad, la continencia, la lucha contra las seducciones de los sentidos no son, como pretenden los sensualistas, un menoscabo de las leyes naturales, un empequeñecimiento de la vida; por el contrario, revelan en el que las observa y las sigue un conocimiento profundo de las leyes superiores, una intuición esclarecida del porvenir. El voluptuoso, separado por la muerte de todo cuanto amaba, se consume en vanos deseos. Frecuenta las casas de perversión y busca los ambientes terrenales que le recuerdan su manera de vivir. Así se

aferra cada vez más a las cadenas materiales, se aleja de la fuente de los goces puros y se consagra a la bestialidad y a las tinieblas.

Buscar los placeres en las voluptuosidades carnales es privarse por mucho tiempo de la paz de que gozan los espíritus elevados. Sólo la pureza puede proporcionarnos esta paz. ¿No lo vemos desde esta vida? Nuestras pasiones y nuestros deseos crean imágenes y fantasmas que nos persiguen hasta en sueños y turban nuestras reflexiones. En cambio, lejos de los placeres falaces, el espíritu se recoge, se reconcentra y se abre hacia lo infinito. Apartado de antemano de las concupiscencias ínfimas, abandona sin pesar sus órganos usados.

Meditemos con frecuencia y pongamos en práctica el proverbio oriental: "¡Sé puro para ser feliz y para ser fuerte!".

53. El Estudio

El estudio es la fuente de dulces y nobles goces; nos libera de las preocupaciones vulgares y nos hace olvidar los males de la vida. El libro es un amigo sincero que nos pone buena cara lo mismo en los días felices que en los de mala fortuna. Hablamos del libro serio, útil, que instruye, consuela y reanima, y no del libro frívolo que distrae y con harta frecuencia desmoraliza. No se penetra lo bastante en el verdadero carácter del buen libro. Es como una voz que nos habla a través del tiempo y nos relata los trabajos, las luchas y los descubrimientos de aquellos que nos precedieron en el camino de la vida, y que en provecho nuestro suavizaron sus asperezas.

¿No constituye una de las escasas felicidades de este mundo el poder comunicar por medio del pensamiento con los grandes espíritus de todos los siglos y de todos los países? Ellos pusieron en sus libros lo mejor de sus inteligencias y de sus corazones. Nos llevan de la mano por el interior de los laberintos de la historia, nos guían hacia las elevadas regiones de la ciencia, del arte y de la literatura. Al contacto con estas obras, que constituyen los bienes más preciosos de la humanidad, compulsando estos archivos sagrados, nos sentimos engrandecer, nos consideramos satisfechos de pertenecer a las razas que nos suministran tales genios. El esplendor de su pensamiento se extiende sobre nuestras almas, las reconforta y las exalta.

Sepamos elegir buenos libros y acostumbrémonos a vivir entre ellos, en relación constante con los espíritus elegidos. Rechacemos con cuidado los libros inmundos, escritos para halagar las bajas pasiones. Guardémonos de esa literatura relajada, fruto del sensualismo, que deja tras de sí la corrupción y la inmoralidad.

La mayor parte de los hombres pretenden amar el estudio, y objetan que les falta tiempo para dedicarse a él. Sin embargo, muchos de ellos consagran veladas enteras al juego y a las conversaciones ociosas. Se arguye también que los libros cuestan caros, cuando se gasta en placeres fútiles y de mal gusto más dinero del que haría falta para hacerse de una rica colección de obras. Además, el estudio de la Naturaleza, el más eficaz y el más reconfortante de todos, no cuesta nada.

La ciencia humana es falible y variable. La Naturaleza no lo es. No se desmiente nunca. En las horas de incertidumbre y de desaliento, volvámonos y nos mecerá en su seno. Nos hablará un sencillo y dulce lenguaje, en el que aparecerá la verdad sin artificio ni desfiguraciones. Pero ese lenguaje apacible muy pocos saben escucharlo y comprenderlo. El hombre lleva consigo, hasta en el fondo de las soledades, sus pasiones y sus agitaciones interiores, cuyos rumores encubren la enseñanza íntima de la Naturaleza. Para discernir la revelación inmanente en el seno de las cosas es preciso imponer silencio a las quimeras del mundo, a esas opiniones turbulentas que perturban nuestras sociedades; es preciso recogerse, hacer la paz en sí y alrededor de sí. Entonces, todos los ecos de la vida pública callan; el alma entra en sí misma, recobra el sentimiento de la Naturaleza y de las leyes eternas y comunica con la Razón suprema.

El estudio de la Naturaleza terrestre eleva y fortifica el pensamiento, pero ¿qué decir de la visión de los cielos?

Cuando, en la noche apacible, se enciende la bóveda estrellada y comienza el desfile de los astros; cuando de los núcleos estelares y de las nebulosas perdidas en el fondo de los espacios desciende hasta nosotros la claridad temblorosa y difusa, una misteriosa influencia nos envuelve, un sentimiento profundamente religioso nos invade. ¡Cómo desaparecen en esa hora las vanas preocupaciones! ¡Cómo nos penetra, nos abrumba y nos hace doblar las rodillas la sensación de lo inconmensurable! ¡Qué adoración muda se eleva de nuestro corazón!

La Tierra boga -frágil esqui-fe- por los campos de la inmensidad. Boga, arrastrada por el potente Sol. Por todas partes, a su alrededor, existen profundidades inmensas que no se pueden sondear sin experimentar el vértigo. Por todas partes también, a distancias enormes, hay mundos y más mundos, islas flotantes medidas por las olas del éter. La mirada se niega a contarlos, pero nuestro espíritu los considera con respeto y con amor. Sus sutiles rayos le atraen. Enorme Júpiter, y tú, Saturno, al que rodea una franja luminosa y coronan nueve lunas de oro; soles gigantes de luces multiformes, esferas innumerables: os saludamos desde el fondo de los espacios... Mundos que brilláis sobre nuestras cabezas, ¿qué ocultáis?... Quisiéramos conocerlos, saber qué pueblos, qué ciudades extrañas, qué civilizaciones se extienden sobre vuestra superficie... Una intuición secreta nos dice que reside en vosotros la felicidad, buscada en vano en la Tierra.

Más ¿por qué dudar y temer? Esos mundos son nuestra herencia. Estamos destinados a recorrerlos y a habitarlos. Visitaremos esos archipiélagos estelares y nos penetraremos de sus misterios. Nunca tendrá un término nuestra carrera, nuestros ímpetus, nuestros progresos, si sabemos ajustar nuestra voluntad a las leyes divinas y conquistar con nuestras acciones la plenitud de la vida, en posesión de los goces celestiales inherentes a ella.

54. La educación

Por medio de la educación, las generaciones se transforman y se mejoran. Para obtener una sociedad nueva es preciso hacer hombres nuevos. Así pues, la educación de la infancia es de una importancia capital.

No basta enseñar al niño los elementos de la ciencia. Tan esencial como saber leer, escribir y calcular es aprender a gobernarse, a conducirse como un ser racional y consciente, es entrar en la vida armado no solamente para la lucha material, sino, sobre todo, para la lucha moral. Ahora bien, de esto es de lo que nos ocupamos menos. Se procura desarrollar las facultades y los aspectos brillantes del niño, y no sus virtudes. En la escuela, como en la familia, se abandona demasiado el esclarecimiento de sus deberes y de su destino. Así pues, desprovisto de principios elevados, ignorante de la finalidad de la existencia, el día en que entra en la vida pública se encuentra expuesto a todas las asechanzas, a todas las atracciones de la pasión, en un ambiente sensual y corrompido.

Aún en la segunda enseñanza, lo que se hace es atiborrar el cerebro del escolar con un cúmulo indigesto de nociones y de hechos, de fechas y de nombres, todo ello con detrimento de la enseñanza moral. La moral de la escuela, desprovista de sanción efectiva, sin finalidad de orden universal, no es más que una moral estéril, incapaz para reformar la sociedad.

También es pueril la educación dada en los establecimientos religiosos, donde el niño se hace presa del fanatismo y de la superstición, y no adquiere más que ideas falsas acerca de la vida presente y del Más Allá.

Rara vez es una buena educación moral la obra de un maestro. Para despertar en el niño las primeras aspiraciones al bien, para enderezar un carácter difícil, se necesita a la vez perseverancia, firmeza y un afecto

del que sólo es susceptible el corazón de un padre o el de una madre. Si los padres no logran corregir a sus hijos, ¿cómo podrá conseguirlo el que dirige a un gran número de ellos?

Esta tarea no es, sin embargo, tan difícil como pudiera creerse. No exige una ciencia profunda. Grandes y pequeños pueden realizarla si se hallan penetrados de la finalidad y de las consecuencias de la educación. Hay que tener siempre presente una cosa, y es que los espíritus han acudido a nosotros con el fin de que les ayudemos a vencer sus defectos y a hacer las preparaciones para los deberes de la vida. Nosotros aceptamos, por medio del matrimonio, la misión de dirigirlos; la realizamos con amor, pero con un amor exento de debilidad, pues el amor llevado al límite extremo está lleno de peligros. Estudiemos desde la cuna las tendencias adquiridas por el niño en sus existencias anteriores, y dediquémonos a desarrollar las buenas y a ahogar las malas. No les proporcionemos demasiados goces con el fin de que, acostumbrados desde un principio al desencanto, sus jóvenes almas comprendan que la vida terrenal es ardua, y que sólo hay que contar con uno mismo y con su trabajo, la única cosa que proporciona la independencia y la dignidad. No intentemos desviar de estos niños la acción de las leyes eternas. Hay piedras en el camino de cada uno de nosotros: sólo la sensatez nos enseña a evitarlas.

No confiéis vuestros hijos a otros como no os veáis absolutamente obligados a ello. La educación no puede ser mercenaria. ¿Qué le importa a una nodriza que un niño hable o ande de tal o cual modo? No tiene el sentido ni el amor maternales. En cambio, ¡cuánta alegría siente la madre ante los primeros pasos de su querubín! Ninguna fatiga, ningún trabajo la detiene. ¡Ama! Haced lo mismo con el alma de vuestros hijos. Tened aún más solicitud para ella que para el cuerpo. Éste se gastará pronto y será echado al osario, en tanto que el alma inmortal, radiante por los cuidados de que fue rodeada, por los méritos adquiridos y por los progresos realizados, vivirá a través del tiempo para bendeciros y para amaros.

La educación, basada en una concepción exacta de la vida, cambiaría la faz del mundo. Supongamos a todas las familias iniciadas en las creencias espiritualistas sancionadas por los hechos, inculcándose a sus hijos, al mismo tiempo que la escuela neutra les enseñara los principios de la ciencia y las maravillas del Universo. Bien pronto se produciría una rápida transformación social bajo la acción de esta doble corriente. Todas las llagas morales se deben a la mala educación. Reformarla, establecerla sobre nuevas bases, tendría para la humanidad consecuencias incalculables. Instruyamos a la juventud e iluminemos su inteligencia; pero, ante todo, hablemos a su corazón y enseñémosle a despojarse de sus imperfecciones. Acordémonos de que la ciencia por excelencia consiste en hacernos mejores.

55. Cuestiones sociales

Las cuestiones sociales preocupan vivamente a nuestra época. Nos hemos dado cuenta de que los progresos de la civilización, el crecimiento enorme de la potencia productiva y de la riqueza y el desarrollo de la instrucción no han podido extinguir el pauperismo ni curar los males de los más. Sin embargo, los sentimientos generosos y humanitarios no se han extinguido. En el corazón de las multitudes se albergan instintivas aspiraciones hacia la justicia, como el sentimiento vago de una sociedad mejor. Se comprende, en términos generales, que se hace necesario un reparto más equitativo de los bienes de la vida. De aquí mil teorías y mil sistemas diversos que tienden a mejorar la situación de las clases pobres y a asegurar a cada uno por lo menos lo estrictamente necesario.

Pero la aplicación de estos sistemas exige por parte de unos, mucha paciencia y habilidad, y por parte de los otros un espíritu de abnegación que falta con mucha frecuencia. En lugar de esa mutua benevolencia, que aproximando a los hombres, les permitiría estudiar en común y resolver los problemas más graves, con violencia y con la amenaza en la boca es como reclama el proletario su puesto en el banquete social; y con acritud, el rico se confina en su egoísmo y se niega a abandonar a los hambrientos los menores restos de su fortuna. Así pues, se ahonda la fosa y las malas intenciones, las codicias y los odios se acumulan de día en día.

El estado de guerra o de paz armada que pesa sobre el mundo mantiene estos sentimientos hostiles. Algunos gobiernos, algunos Estados, dan enojosos ejemplos y asumen tremendas responsabilidades al desarrollar los instintos belicosos, con detrimento de las obras pacíficas y fecundas. ¿Cómo se podrán reconciliar las clases unas con otras; cómo se podrán apaciguar las malas pasiones, cuando todo nos invita a la lucha y las fuerzas vivas de las naciones son empleadas en la destrucción?

Primera Nota del Autor: Deplorando los males causados por la guerra, no caigamos por eso en un "pacifismo" debilitador. Para asegurar la integridad moral y material de Francia, reconozcamos la necesidad de un ejército que los progresos de la civilización permitirán tal vez un día emplear en obras de utilidad general.

Segunda Nota del Autor: Los acontecimientos trágicos de estos tres últimos años no han hecho más que justificar suficientemente esta nota de nuestras precedentes ediciones. 1917

De los sistemas preconizados por los socialistas para llegar a una organización práctica del trabajo y a un sabio reparto de los bienes materiales, los más conocidos son los de la cooperación y la asociación obrera; los hay incluso que llegan hasta el comunismo. Hasta ahora, la aplicación parcial de estos dos sistemas sólo ha producido en nosotros insignificantes resultados. Verdad es que para vivir asociados, para participar de una obra en la cual se unen y se funden numerosos intereses, se necesitarían cualidades que son ya muy escasas.

La causa del mal y el remedio no suelen estar donde se les busca. Vanamente nos esforzaríamos en crear combinaciones ingeniosas. Los sistemas suceden a los sistemas y las instituciones dejan paso a las instituciones, pero el hombre sigue siendo desgraciado, porque continúa siendo malo. La causa del mal está en nosotros, en nuestras pasiones y en nuestros errores. Esto es lo que hace falta que cambie. Para mejorar la sociedad hay que mejorar al individuo. Para ello es necesario el conocimiento de las leyes superiores de progreso y de solidaridad y la revelación de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, y este conocimiento sólo pueden proporcionárnoslo la filosofía de los espíritus.

Se exclamará quizá ante esta idea: ¡Crear que el Espiritismo, tan desdeñado, puede influir en la vida de los pueblos y facilitar la solución de las cuestiones sociales está tan distante de las opiniones que se sustentan hoy día...! Sin embargo, por poco que reflexionemos en ello, nos veremos obligados a reconocer que las opiniones y las creencias ejercen una influencia considerable en la formación de las sociedades.

La sociedad de la Edad Media era la fiel imagen de las concepciones católicas. La sociedad moderna, bajo la inspiración del materialismo, apenas ve en el Universo más que la concurrencia vital y la lucha de los seres, lucha ardiente en la cual todos los instintos están desencadenados. Tiende a hacer del mundo actual la formidable y ciega máquina que destroza las existencias y en la cual el individuo no es más que una rueda frágil y pasajera salida de la nada para volver a entrar en seguida en ella. Con esta noción de la vida, todo sentimiento de verdadera solidaridad desaparece.

¡Cómo cambia el punto de vista en cuanto el nuevo ideal viene a esclarecer nuestro espíritu y a normalizar nuestra conducta! Ricos o pobres, convencidos de que esta vida no es más que un eslabón aislado de la cadena de nuestras existencias, un medio de purificación y de progreso, concederemos menos importancia a los intereses del presente. En cuanto quede establecido que todo ser humano ha de renacer muchas veces en este mundo y pasar por todas las condiciones sociales -siendo mucho más numerosas las existencias dolorosas y oscuras, y acarreado la riqueza mal empleada abrumadoras responsabilidades- todo hombre comprenderá que al trabajar por el mejoramiento de vida de los humildes, de los pequeños y de los desheredados, trabaja para sí mismo, puesto que tendrá que volver a la Tierra, y hay diez probabilidades contra una de renacer pobre.

Gracias a esta Revelación, la fraternidad y la solidaridad se imponen; los privilegios, los favores y los títulos pierden su razón de ser. La nobleza de los actos y de los pensamientos reemplaza a la de los pergaminos.

Considerada así, la cuestión social cambiaría de aspecto; las concesiones entre clases se harían fáciles, y se vería cesar todo antagonismo entre el capital y el trabajo. Al ser conocida la verdad se comprendería que los intereses de unos son los intereses de todos, y que nadie debe ser sacrificado por los demás. De aquí se

deduce la justicia en el reparto, y con justicia, en lugar de rivalidades rencorosas, una mutua confianza, la estimación y el afecto recíproco y, en una palabra, la realización de la ley de fraternidad, la única que debe regir entre los hombres.

Tal es el remedio que la enseñanza de los espíritus proporciona para los males de la sociedad. Si algunas partículas de la verdad, ocultas bajo dogmas oscuros, han podido suscitar en el pensamiento tantas acciones generosas, ¿qué no se podrá esperar de este concepto de la vida y del mundo, apoyado sobre los hechos? Por él, el hombre se sentirá unido a todos los seres, y destinado, como ellos, a elevarse, mediante el progreso, hacia la perfección, bajo la acción de leyes sabias y profundas.

Un ideal semejante vivificará a las almas, las llevará por la fe hasta el entusiasmo, y provocará por todas partes obras de abnegación de una sociedad nueva, sobrepasando los actos más sublimes de la antigüedad.

La cuestión social no abarca solamente las relaciones de las clases entre sí; conviene también a la mujer de todas las categorías, a la mujer, esa gran sacrificada, a la que sería equitativo dar, con el ejercicio de sus derechos naturales, una situación digna de ella si se pretende ver a la familia más fuerte, más moral y más unida. La mujer es el alma del hogar; ella es la que representa los elementos de la dulzura y de paz en la humanidad. Emancipada del yugo de la superstición, si pudiese hacer oír su voz en los consejos de los pueblos, si su parte de influencia pudiera hacerse sentir, se vería desaparecer al punto el azote de la guerra.

La filosofía de los espíritus, afirmando que el cuerpo es una forma prestada y que el principio de la vida está en el alma, establece la igualdad del hombre y de la mujer desde el punto de vista de los méritos y de los derechos. Los espiritistas conceden a la mujer un puesto preferente en sus reuniones y en sus trabajos. Ocupa en ellos, incluso, una situación preponderante, pues ella es la que proporciona los mejores médiums, ya que la delicadeza de su sistema nervioso la hace más apta para desempeñar este papel. Los espíritus afirman que, encarnándose con preferencia en el sexo femenino, el alma se eleva con más rapidez, de vida en vida, hacia la perfección. Es porque la mujer adquiere más fácilmente estas virtudes soberanas: la paciencia, la dulzura y la bondad. Si la razón parece dominar en el hombre, en la mujer el corazón es más amplio y más profundo.

La situación de la mujer en la sociedad es generalmente más oscura; es a menudo esclava. Así pues, sólo es grande en la vida espiritual, pues cuanto más humillado y sacrificado es en la Tierra un ser, más mérito tiene ante la eterna justicia. Sin embargo, sería absurdo tomar como pretexto los goces futuros para perpetuar las iniquidades sociales. Nuestro deber es el de trabajar, en la medida de nuestras fuerzas, por la realización en la Tierra de los designios providenciales. Ahora bien, la educación y el engrandecimiento de la mujer, la extinción del pauperismo, de la ignorancia y de la guerra, la fusión de las clases en la solidaridad, la buena distribución del globo, todas estas reformas hacen parte del plan divino, que no es otro sino la ley misma del progreso.

Sin embargo, no perdamos de vista una cosa: la ley inexorable sólo puede asegurar al ser humano la felicidad personalmente merecida. La pobreza en los mundos como el nuestro no podría desaparecer por entero, pues es condición necesaria para el espíritu que ha de purificarse mediante el trabajo y el sufrimiento. La pobreza es la escuela de la paciencia y de la resignación, como la riqueza es la prueba de la caridad y de la abnegación.

Nuestras instituciones pueden cambiar de forma, pero no nos liberarán de los males inherentes a nuestra naturaleza atrasada. La felicidad de los hombres no depende de los cambios políticos, de las revoluciones ni de ninguna modificación exterior de la sociedad. Mientras ésta continúe corrompida, sus instituciones lo estarán igualmente, cualesquiera que sean los cambios a que den lugar los acontecimientos. El único remedio consiste en esa transformación moral cuyos medios nos proporcionan las enseñanzas superiores. Que la humanidad consagre a esta tarea un poco del ardor apasionado que pone en la política; que arranque de su corazón el principio mismo de su mal, y los grandes problemas sociales quedarán bien pronto resueltos.

56. La ley moral

En las páginas que preceden hemos expuesto todo lo que la enseñanza de los espíritus nos dice acerca de la ley moral. En esta revelación es donde reside la verdadera grandeza del Espiritismo. Los fenómenos no son más que su prefacio; poco más o menos, son lo que la corteza es al fruto, ambos inseparables en la gestación, aunque de valor tan diferente.

El estudio científico debe conducir al estudio filosófico, coronado por el conocimiento de esa ley moral en la que se completan, se esclarecen y se funden todas las del pasado. Entonces, obtendremos la moral universal, fuente de toda sabiduría y de toda virtud, y cuya práctica y experiencia sólo se adquieren a consecuencia de existencias numerosas.

La posesión y la comprensión de la ley moral son, en efecto, lo más necesario y lo más precioso que existe para el alma. Nos permite medir nuestros recursos interiores, regularizar su ejercicio y disponerlos en forma que nos proporcionen el mayor bien posible. Nuestras pasiones son fuerzas peligrosas cuando somos esclavos de ellas y útiles y bienhechoras cuando sabemos dirigir las; dominarlas, es ser grande; dejarse dominar por ellas, es ser pequeño y miserable.

Lector: si quieres emanciparte de los males terrenales y escapar a las reencarnaciones dolorosas, graba en ti esta ley moral y ponla en práctica. No des más que lo indispensable al hombre material -ser efímero que se desvanecerá después de la muerte-; cultiva con cuidado el ser espiritual, que vivirá siempre. Líbrate de las cosas perecederas: honores, riquezas, placeres todo ello no es más que humo; sólo el bien, la belleza y la verdad son eternos.

Conserva tu alma sin mancha y tu conciencia sin reproches. Todo pensamiento todo acto malo atrae hacia ti las impurezas de fuera; todo ímpetu, todo esfuerzo hacia el bien aumenta tus fuerza y hace que comuniques con las potencias superiores. Desarrolla en ti la vida interior que nos pone en relación con el Mundo Invisible y con la Naturaleza entera. En ello encontramos la fuente de nuestro verdadero poder y, al mismo tiempo, la de los goces y sensaciones exquisitas que irán aumentando, a medida que las impresiones de la vida exterior se debiliten con la edad y el desligamiento de las cosas terrestres. En las horas de recogimiento, escucha la armonía que se eleva de las profundidades de tu ser, como un eco de los mundos soñados, entrevistos, y que habla de grandes luchas morales y de nobles acciones. En estas sensaciones íntimas, en estas inspiraciones ignoradas por los sensuales y por los malos, reconoce el preludio de la vida libre de los espacios, como una fruición anticipada de las felicidades reservadas para el espíritu justo y bueno.

Resumen

Para dar mayor claridad a este estudio, resumiremos aquí los principios esenciales de la filosofía de los espíritus.

I. - Una inteligencia divina rige los mundos. En ella se identifica la ley, ley inmanente, eterna y reguladora a la que los seres y las cosas están sometidos.

II. - Del mismo modo que el hombre bajo su envoltura material, sin cesar renovada, conserva su identidad espiritual, su yo indestructible, esa conciencia en la que se reconoce y se posee, del mismo modo el Universo, bajo sus apariencias cambiantes, se posee y se refleja en una unidad viviente que es su Yo. El yo del Universo es Dios, unidad suprema donde convergen y se armonizan todas las relaciones, núcleo inmenso de luz y de perfección de donde irradian para esparcirse sobre todas las humanidades la Justicia, la Sabiduría y el Amor.

III. - Todo evoluciona en el Universo y tiende hacia un estado superior. Todo se transforma y se perfecciona. La vida se eleva del seno de los abismos; en un principio, confusa, indecisa, animada de fuerzas innumerables cada vez más perfectas, y luego resplandece en el ser humano, donde adquiere conciencia, razón y libertad y constituye el alma o espíritu.

IV. - El alma es inmortal. Coronación y síntesis de las potencias inferiores de la Naturaleza, contiene en germen todas las facultades superiores, está destinada a desarrollarlas por medio de sus trabajos y de sus esfuerzos, encarnada en los mundos materiales, y a subir, a través de las vidas sucesivas, de grado en grado, hacia la perfección. El alma tiene dos envolturas; una, temporal el cuerpo terrenal, instrumento de lucha y de padecimiento que se abandona a la hora de la muerte; la otra, permanente el cuerpo fluídico del que es inseparable y que progresa y se purifica con ella.

V. -La vida terrestre es una escuela, un medio de educación y de perfeccionamiento por medio del trabajo, del estudio y del sufrimiento. No hay felicidad ni desgracia eternas. La recompensa o el castigo consisten en la extensión o la reducción de nuestras facultades y de nuestro campo de percepciones, como resultante del uso bueno o malo que hayamos hecho de nuestro libre albedrío, y de las aspiraciones o de las aficiones que hayamos desarrollado en nosotros. Libre y responsable, el alma lleva en sí la ley de sus destinos: en el presente recoge las consecuencias del pasado y siembra los goces y los dolores del porvenir. La vida actual es la herencia de nuestras vidas percederas y la preparación de las que seguirán.

El espíritu se esclarece y aumenta en poderes intelectuales y morales, en relación con el trabajo efectuado y con el impulso dado a sus actos hacia el bien y hacia la verdad.

VI. - Una estrecha solidaridad une a los espíritus, idénticos en su origen y en sus fines, diferentes sólo por su situación transitoria; unos, en estado libre en el espacio; otros, revestidos de una envoltura percedera, más pasando alternativamente de un estado al otro, no siendo la vida del espacio más que una época de reposo entre dos existencias terrestres. Procedentes de Dios, su padre común, todos los espíritus son hermanos y sólo forman una inmensa familia. Una comunicación perpetua y unas relaciones constantes unen a los muertos con los vivos.

VII. - Los espíritus se clasifican en el espacio en atención a la densidad de su cuerpo fluídico correlativa con el grado de adelanto y de purificación. Su situación está determinada por leyes precisas; estas leyes desempeñan en el dominio moral un papel análogo al que representan en el orden físico las leyes de atracción y de peso. La justicia reina en este dominio, como el equilibrio en el orden material. Los espíritus culpables y malos están envueltos en una espesa atmósfera fluídica que les arrastra hacia los mundos inferiores, donde deben encarnar para despojarse de sus imperfecciones. El alma virtuosa, revestida de un cuerpo sutil, etéreo, participa de las sensaciones de la vida espiritual y se eleva hacia los mundos felices, donde la materia tiene menos imperio y donde reinan la armonía y la felicidad. El alma, en su vida superior y perfecta, colabora con Dios, coopera en la formación de los mundos, dirige sus evoluciones y vela por el progreso de las humanidades y por el cumplimiento de las leyes eternas.

VIII. - El Bien es la ley suprema del Universo y la finalidad de la evolución de los seres. El mal no tiene existencia propia, y no es más que un efecto de contraste; es el estado de inferioridad, la situación pasajera por que atraviesan todos los seres en su ascensión hacia un estado mejor.

IX. - Siendo la educación del alma el objeto mismo de la vida, importa resumir sus preceptos en pocas palabras.

Conclusión

Comprimir las necesidades groseras y los apetitos materiales; crearse necesidades intelectuales y elevadas. Luchar, combatir y sufrir en la necesidad por el adelanto de los hombres y de los mundos; iniciar a los semejantes en los esplendores de la Verdad y de la Belleza. Amar la verdad y la justicia; practicar para con todos la caridad y la benevolencia. ¡Tal es el secreto de la felicidad en el porvenir; tal es el Deber!

En todas las épocas, los rayos de la verdad han lucido sobre la humanidad; toda religión ha contribuido a ello, si bien las pasiones y los intereses materiales han velado y desnaturalizado esas enseñanzas; el dogmatismo, la opresión religiosa y los abusos de todas clases han llevado al hombre a la indiferencia y al escepticismo. El materialismo se ha extendido por todas partes debilitando los caracteres y alterando las conciencias.

Pero la voz de los espíritus, "la voz de los muertos" se ha hecho oír. La verdad ha salido de nuevo de la sombra, más bella y más esplendorosa que nunca. La voz ha dicho:

Muere para renacer, renace para engrandecerte y elevarte con la lucha y el sufrimiento. Y la muerte no es ya una causa de espanto, pues detrás de ella vemos a la resurrección. Así ha nacido el Espiritismo. A la vez ciencia experimental, filosofía y moral, nos proporciona un concepto general del mundo y de la vida basado en la razón y en el estudio de los hechos y de las causas, concepto más vasto, más esclarecido y más completo que cuantos le han precedido. El Espiritismo esclarece el pasado, hace la luz sobre las antiguas doctrinas espiritualistas y reconcilia a sistemas en apariencia contradictorios. Abre nuevos caminos a la humanidad. Iniciándola en los misterios de la vida futura y del Mundo Invisible, le pone de manifiesto su verdadera situación en el Universo, le da a conocer su doble naturaleza corporal y espiritual y despliega ante ella horizontes infinitos.

De todos los sistemas, es el único que suministra la prueba objetiva de la supervivencia del ser y proporciona los medios de relacionarlos con los que llamábamos impropriamente los muertos. Gracias a este sistema, podemos conversar con aquellos a quienes amamos en la Tierra y que creíamos haber perdido para siempre; podemos recibir sus enseñanzas y sus consejos. Además, nos enseña a desarrollar estos medios de comunicación con el ejercicio.

El Espiritismo nos revela la ley moral, traza nuestra línea de conducta y tiende a aproximar a los hombres por medio de la fraternidad, de la solidaridad y de la comunidad de opiniones. Indica a todos una finalidad más digna y más elevada. Trae consigo un sentimiento nuevo de la oración y una necesidad de amar, de trabajar para los demás y de enriquecer nuestra inteligencia y nuestro corazón.

La Doctrina de los espíritus, nacida en la mitad del último siglo, se ha extendido ya por toda la superficie del globo. Muchos prejuicios, intereses y errores retrasan aún su marcha, pero puede esperar: el porvenir está en ella. Es fuerte, paciente y tolerante, y respeta la voluntad del hombre; es progresiva, y vive de la ciencia y de la libertad. Es desinteresada, y no tiene otra ambición que la de hacer más felices a los hombres haciéndolos mejores. A todos proporciona la calma, la confianza y la firmeza en el sufrimiento.

Las religiones y las filosofías se han sucedido a través de las edades: nunca la humanidad oyó más poderosas solicitaciones hacia el bien; nunca conoció doctrina más racional, más consoladora ni más moralizadora. La época de las aspiraciones inciertas y de las vagas esperanzas ha pasado. No se trata ya de los ensueños de un misticismo enfermizo ni de los mitos creados por las creencias supersticiosas; es la realidad misma la que aparece, la viril afirmación de las almas que abandonaron la Tierra y que comunican con nosotros. Victoriosas de la muerte, se ciernen en la luz, por encima de este mundo, al que siguen y guían en medio de sus perpetuas transformaciones.

Iluminados por ellas, conscientes de nuestro deber y de nuestros destinos, avanzamos resueltamente por el camino trazado. La existencia ha cambiado de aspecto. No se reduce ya al círculo estrecho, sombrío y

aislado que la mayoría de los hombres creyeron ver; para nosotros, el círculo se ensancha hasta el punto de abarcar el pasado y el porvenir, a los que une el presente para formar una unidad permanente e insoluble. Nada perece. La vida cambia, sencillamente, de forma. La tumba nos conduce a la cuna, si bien tanto la una como la otra salen de las voces que proclaman la inmortalidad. Perpetuidad de la vida, solidaridad eterna de las generaciones, justicia, igualdad, ascensión y progreso para todos: tales son los principios de la fe nueva, y estos principios se apoyan en la roca del método experimental.

Los adversarios de esta Doctrina, ¿pueden ofrecer más a la humanidad? ¿Pueden calmar con más seguridad sus angustias, curar sus heridas, proporcionarle más dulces esperanzas y mayores certidumbres? Si pueden hacerlo, que hablen y nos den las pruebas de sus afirmaciones. Y si persisten en oponer asertos desmentidos por los hechos; si no pueden ofrecer más que el infierno unos y la nada otros, tenemos derecho a rechazar con energía sus anatemas y sus sofismas. Venid a beber en esta fuente celestial, vosotros todos los que sufrís, todos los que tenéis sed de verdad. Ella dejará correr por vuestras almas una onda refrigerante y regeneradora. Vivificados por ella, soportaréis más alegremente los combates de la existencia, y sabréis vivir y morir dignamente. Observad con asiduidad los fenómenos sobre los cuales descansan esas enseñanzas, y no hagáis de ellos un juego. Pensad que es una cosa seria conversar con los muertos y recibir de ellos la solución de los grandes problemas. Considerad que esos hechos van a suscitar la mayor revolución social que ha registrado la historia, abriendo para todos la perspectiva ignorada de las vidas del porvenir. Lo que para millares de generaciones, lo que para la inmensa mayoría de los hombres que os precedieron no fue más que una hipótesis, se convierte para vosotros en una certidumbre. Una revelación semejante tiene derecho a vuestra atención y a vuestro respeto. No uséis de ella más que con prudencia, para vuestro bien y el de vuestros semejantes.

En estas condiciones, los espíritus elevados os prestarán su apoyo. En cambio, si hacéis del Espiritismo un frívolo empleo, sabed que os convertiréis en la inevitable presa de los espíritus mentirosos, en la víctima de sus asechanzas y de sus fraudes.

Y tú, ¡oh, amigo, oh hermano mío!, que has recibido estas verdades en tu corazón y que conoces toda su importancia, permíteme una última invocación, una exhortación última.

Acuérdate de que la vida es corta. Mientras dure, esfuérgate en adquirir lo que has venido a buscar en este mundo: el verdadero perfeccionamiento. Al salir, que vaya tu ser espiritual más puro de lo que entró. Guárdate de las asechanzas de la carne; piensa que la Tierra es un campo de batalla en el que la materia y los sentidos ofrecen al alma un perpetuo asalto. Lucha con valor contra las pasiones viles; lucha con el espíritu y con el corazón; corrige tus defectos, suaviza tu carácter y fortifica tu voluntad. ¡Que tu pensamiento se aparte de las vulgaridades terrenales y se abra orientado hacia el Cielo luminoso!

Acuérdate de que todo lo que es material es efímero. Las generaciones pasan como las olas del mar; los imperios se derrumban, los mundos mismos perecen y los soles se apagan; todo pasa y se desvanece. Pero hay tres cosas que proceden de Dios y son inmutables como Él; tres cosas que resplandecen por encima del espejismo de las glorias humanas, a saber: la Sabiduría, la Virtud y el Amor. ¡Conquistalas con tus esfuerzos, y, cuando las hayas conseguido, te elevarán por encima de lo que es pasajero y transitorio, para gozar de lo que es eterno!

* * *

«Hemos dicho ya que el Espiritismo es toda una ciencia y toda una filosofía. Aquel que con seriedad desee conocerlo debe, por tanto, como primera condición, sujetarse a un estudio serio y persuadirse de que, como sucede con cualquier otra ciencia, no es un juego realizarlo.» *ALLAN KARDEC - El Libro de los Médiums*